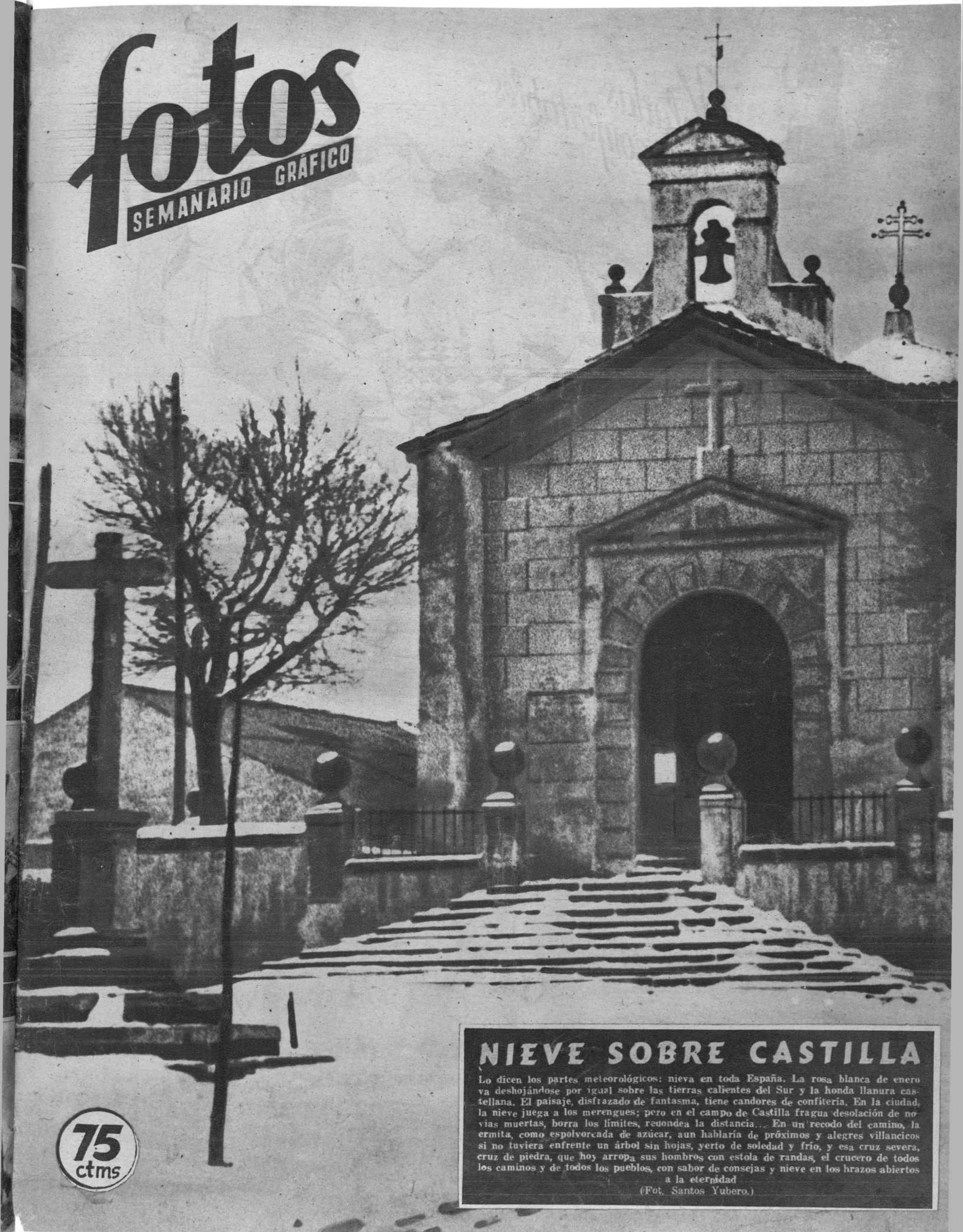
fotos
SEMANARIO GRÁFICO



NIEVE SOBRE CASTILLA

Lo dicen los partes meteorológicos: nieva en toda España. La rosa blanca de enero va deshojándose por igual sobre las tierras calientes del Sur y la honda llanura castellana. El paisaje, disfrazado de fantasma, tiene candores de confitería. En la ciudad, la nieve juega a los merengues; pero en el campo de Castilla fragua desolación de novias muertas, borra los límites, redondea la distancia... En un recodo del camino, la ermita, como espolvoreada de azúcar, aun hablaría de próximos y alegres villancicos si no tuviera enfrente un árbol sin hojas, yerto de soledad y frío, y esa cruz severa, cruz de piedra, que hoy arropa sus hombros con estola de randas, el crucero de todos los caminos y de todos los pueblos, con sabor de consejas y nieve en los brazos abiertos a la eternidad

(Fot. Santos Yubero.)

75 ctms

Veladas confortables

BARDINET

El encanto de vivir

siempre en plena
juventud lo conseguirá
usando diariamente los
maravillosos
productos de tocador

PRODUCTOS
DE BELLEZA

VISNÚ

MARCA REGISTRADA

AGUA DE TOCADOR
LAPICES DE LABIOS
RECAMBIOS
ESMALTE DE UÑAS
BRILLANTINAS
LAPICES PARA LOS OJOS
BRONCEADOR PEÑASOL
TODOS ESTOS PRODUCTOS
EN VARIAS TONALIDADES

VISNU

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES.
VISNÚ NO SE VENDE A GRANEL.
EXIGID LA MARCA REGISTRADA

ACTUALIDAD GRAFICA NACIONAL

fotos

Director: FERNANDO CASTAN PALOMAR

Redacción: Alfonso XII, núm. 26.-Tel. 29258

Administración: Carretas 10.-Teléfonos 24730 y 24739

Año IX * Núm. 441 * Madrid, 15 de enero de 1945

El Caudillo recibe a los ministros del Ejército, Marina y Aire y generales jefes de Cuerpo, que fueron a felicitarle con motivo de la Pascua Militar (Fot. Aracil)

Manuel Fernández Cuesta

Un homenaje de simpatía y cariño ha reunido alrededor de Manuel Fernández Cuesta al mundo literario, teatral, taurino y deportivo de Madrid, con ocasión de cumplirse un año de la publicación de la página «Escenario», en Marca. Unidos personalmente cuantos aquí trabajamos, FOTOS aprovecha esta ocasión para sumarse al homenaje a Fernández Cuesta, que con su agilidad periodística habitual creó e impulsó esta Revista desde las primeras horas de un San Sebastián en guerra

El ministro del Ejército visita al teniente general Barreira, el de más edad en su categoría, para felicitarle con motivo de la Pascua Militar (Fot. Aracil)

La señorita Carmen Franco Polo, reparte juguetes a los huérfanos de Correos y Telecomunicación, en el acto celebrado en el Palacio de Comunicaciones (Fot. Montes)

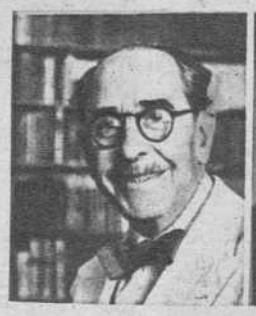
El camarada Raimundo Fernández Cuesta ha sido nombrado Presidente del Consejo de Estado (Fot. Vidal)

Antonio González Allas, que en recientes oposiciones ha obtenido la plaza de jefe clínico en los Servicios de Obstetricia y Ginecología de la excelentísima Diputación Provincial de Madrid

Un momento de la fiesta celebrada por el grupo de empresa Prensa del Movimiento, en la que, después de la proyección de películas y la actuación de varios artistas, se efectuó un reparto de juguetes a los hijos de los productores (Fot. Montes)

LA COLABORAC

¿Es mejor el teatro en colaboración o es mejor el aislado?



Don Eduardo Marquina

F. Serrano Anguita

Encontrándome en un bar de la Gran Vía de José Antonio tomando el aperitivo de la noche, en compañía de Raquel Meller y Gustavo Armando de Siles, que por cierto la vida de éste es la más auténtica, extraordinaria y original novela que se pudiera escribir, observamos que, en una mesa inmediata, discutían acaloradamente varias personas, algunas pertenecientes a la escena, desde luego. Presté atención y, seguidamente, pude enterarme qué tema motivaba la polémica; era si las obras teatrales se debían escribir o no en colaboración. Esta controversia de café, inesperadamente, me inspiró el original de esta semana para FOTOS, pues haría una encuesta para conocer la opinión, sobre este aspecto, de varias de nuestras personalidades teatrales.

Efectivamente, he hablado con Eduardo Marquina, autor de tan bellos poemas escénicos; con Serrano Anguita, el destacado comediógrafo; con Tirso Escudero, que, con sus cincuenta años de trabajo, ostenta el título de decano entre los empresarios españoles; con Joaquín Romero-Marchent, que acaba de obtener un franco éxito, en unión de su colaborador, López de la Hera, con el estreno de su obra El hijo de Curro Molina, y con el maestro Moreno Torroba, el inspirado compositor. Estos han contestado amablemente a mi pregunta: «¿Es mejor el teatro en colaboración, o es mejor el aislado?», en la forma siguiente:

Eduardo Marquina cree que la colaboración es un injerto

—No soy partidario de las colaboraciones entre autores. Una obra escrita entre dos resultará siempre un injerto. He colaborado muy poco, pues tengo la firme convicción de que la obra de un autor solo es más pura espiritualmente y más homogénea en sus matices.

Serrano Anguita dice: «La coincidencia de sentimientos y caracteres entre dos escritores, por unidos que estén, es dificilísima»

—He escrito comedias y zarzuelas en colaboración con diversos queridos amigos, y con todos ellos obtuve resultados halagüeños, y algunos tan claros y resonantes como los de *La Petenera* y *La novia de Reverte*, poemas populares andaluces que hice en unión del gran poeta granadino Manuel de Góngora. No puedo, pues, quejarme de los colaboradores. Sin embargo, y puesto que se me pregunta, debo confesar que, a mi juicio, las obras que escribimos en colaboración no pueden reflejar por entero nuestro espíritu, nuestro temperamento ni nuestra visión de los problemas humanos que pretendemos llevar a la escena.

Unicamente en el caso excepcional de una absoluta compenetración, como la de los insignes y llorados maestros Serafín y Joaquín Alvarez Quintero —«el mismo viento impulsa las dos velas» era el significado del simbólico navío que utilizaban como «ex libris»—, se puede lograr una completa coincidencia de sentimientos y caracteres. Por lo general, esa coincidencia entre dos escritores, por muy unidos que estén, es dificilísima. Siempre serán dos maneras distintas de ser y pensar, y aunque pongan mucho arte y mucha maestría en su labor dramática, no dejará de advertirse la soldadura. Yo, al menos, declaro con toda lealtad que el que me quiera conocer tal como soy y desee enterarse de mi concepto del teatro, de la vida y de los hombres, tendrá que estudiarme en las comedias que lleven únicamente mi firma.

Tirso Escudero opina que un autor busca colaboración cuando es incapaz de hacer solo una obra

—Creo que es mejor el teatro aislado, pues se consigue una mayor unidad en la obra. Hay autores que no son capaces de hacer ellos solos una obra y buscan la colaboración para complementarse. El gran autor no necesita colaboradores, se basta él solo, como en el caso de Jacinto Benavente.

Moreno Torroba prefiere el aislado, porque se trabaja mejor y se cobra más

—Sinceramente, puedo decir que no me agrada el teatro en colaboración, por dos razones para mí fundamentales: primero, porque siendo solo se trabaja mejor, y segundo, por la ventaja económica que resulta a la hora de cobrar los derechos de autor, de no tener que repartirlos con un colega colaborador.

Romero Marchent dice que lo interesante es hacer buen teatro, con o sin colaboración

—El Teatro, como todas las artes, tiene sus matices. Cuando se trata de llevar a la escena un concepto personal de cualquier problema, es preferible el teatro individual. En mi caso concreto tengo dos exponentes: *Cocktail-bar*, en la esfera del teatro político, y *Una señora y un caballero*, en el ámbito de lo que pudiéramos llamar teatro psicológico.

Ahora bien: cuando la calidad del problema a tratar admite distintos puntos de vista, sujetos a una directriz en la que hayan de someterse todos los valores humanos para exponer una manera de pensar, puede caber y hasta ser necesaria la colaboración. El colaborador no es, a mi juicio, una necesidad, sino un complemento y acaso una facilidad, siempre y cuando la asociación de dos firmas representen un mismo criterio encuadrado en dos psicologías distintas. Dicho esto, mi preferencia cae siempre del lado de lo bueno. Cuando sin colaborador se hace una buena comedia, se ha acertado, y cuando en colaboración se logra un buen teatro, se ha acertado también. Por tanto, no hay que creer más que en el teatro bueno y en el malo.

Tirso Escudero

J. Romero Marchent

F. Moreno Torroba

MANUEL TOVAR RODRIGUEZ

Ventajas e inconvenie

La colaboración —asegura Antonio Quintero— hace el trabajo sonriente y amable

—No está en lo cierto el popular escritor, que en una de sus recientes piruetas daba como buena la definición: Autor de teatro vago mental. En todo caso, el autor trabaja, bien o mal, y el vago auténtico es el que se dedica a opinar sobre el trabajo de aquél. La concepción, gestación y parto de una obra de teatro es siempre un trabajo laborioso y doloroso. Realizado por un solo cerebro es, como digo, amargo y penoso. En cambio, la colaboración atenúa el dolor y a veces lo hace sonriente y amable. En este caso el autor va tranquilo como un alpinista a un guía suizo, que al pare er son los mejores.

Sin embargo, la colaboración teatral exige, a mi juicio, una sinceridad absoluta de cada uno sobre el trabajo del otro y una fe sin límites en la gracia creadora del compañero. En mi caso particular, sólo alabanzas debo al trabajo de mis colaboradores. Pascual Guillén, Pérez Fernández, Rafael de León, Torrado y Arozamena me han llevado de la mano al logro de éxitos inolvidables. Y dejo dicho para el último momento el nombre ilustre de Felipe Sassone, que ha querido honrar al mío en la comedia *Una bala*. Hace muchos años aprendí en sus comedias la manera de musicalizar el diálogo de las mías. El que era mi maestro sin saberlo me sienta hoy a su lado en la portada de una comedia. De ahí que en este momento mi orgullo y mi gratitud contesten a la pregunta que se me hace:

¡Viva la colaboración!

Antonio Quintero y Felipe Sassone

La colaboración —bromea Felipe Sassone— tiene la ventaja de poder echarse la culpa mutuamente

—¿Qué opino de la colaboración literaria? Hablando *in anima vili*, no quiero más *anima vili* que la mía. Mis obras son mis hijas, y en el caso literario, las prefiero sin madre conocida. Así se educan mejor. Por eso no colaboro de sólo dos veces en mi vida. Una vez lo puse yo casi todo y me salió muy mal. La segunda vez puse menos y parece que me ha salido muy bien. La primera vez colaboré con Gregorio Martínez Sierra; es decir, trabajé yo bajo la sugestión de Martínez Sierra. En este caso me gusta más decir sugestión, porque me parece más propio que inspiración. Inspiración es cosa divina; sugestión es cosa del diablo.

La obra se llamaba *El pudor*; se estrenó en el teatro de la Infanta Beatriz y la patearon. A los pocos días estrené yo solo una comedia en Eslava, *Sí, señor, se casa la niña*, y volvieron a patearme. Como no tenía colaborador, no tuve a quien echarle la culpa, y ese día fué el único de mi vida en que pensé que la colaboración tiene sus ventajas.

Ahora he colaborado con Antonio Quintero en una comedia que se llama *Una bala*. Resumiré esta colaboración asegurando que jamás he trabajado con menos trabajo, y más a gusto. Si algo puse de gracia fué por contagio.

Colaborar con otro autor cuya obra nos gusta y cuyo ingenio nos seduce es siempre una delicia. Si el autor es trabajador, y ese es el caso de Quintero, lo vuelve a uno trabajador. Se viven unos días de alabanzas recíprocas y ello hace que se trabaje sin zozobra y sin inquietud, aumentando cada día las esperanzas que los colaboradores se dan uno a otro. La colaboración tiene la enorme ventaja de poder echarse la culpa recíprocamente. Uno se echa a sí mismo la culpa de los aciertos y le echa al compañero la culpa de los errores. Ha llegado para *Una bala* el momento de las responsabilidades en Madrid; Antonio Quintero y yo procederemos al revés; él dirá que todo lo bueno es mío; yo diré que todo lo malo es mío, y lo bueno, suyo.

¡Ah! También he colaborado en una traducción de *El avaro*, de Moliére, con Tomás Borrás. Como no colaboramos con Moliére, sino que lo tradujimos, se salvó Moliére. En otras ocasiones había yo traducido *Los nuevos pobres*, de Maurice Donnay, y *La hija de Jorio*, de Gabriel D'Annunzio. Las dos obras gustaron mucho; pero cuando me acuerdo que traduje yo solo, digo siempre: ¡Pobre Donnay y pobre D'Annunzio!

Federico Romero y Guillermo F. Shaw

José Vicente Puente y Agustín de Foxá

La zarzuela, único género en que la colaboración tiene razón de ser para Federico Romero

En el género teatral que cultivo con preferencia, la colaboración reporta numerosas ventajas, aunque no la necesitemos ninguno de los colaboradores para la producción en sí, para el trance de alumbramiento. La zarzuela, esta pobre zarzuela siempre vapuleada con dejos peyorativos, exige antes del parto y después del parto muchedumbre de trámites que, compartidos o repartidos, se llevan con más alegre ánimo.

No hay zarzuela posible sin «ambiente», que se encuentra, por lo común, a muchas leguas o a muchos años de nosotros. La toma de apuntes, en el libro o en el lugar, consume muchas horas de la gestación y, no pocas veces, pide una capacidad de paciencia para la cual no todos estamos igualmente dotados. No me tengo por el Divino Impaciente, pero tampoco por el Santo Job.

Concluída la obra, en su parte literaria, viene el ayuntamiento con el músico que, cual dicen algunos consortes jocosos, es «nuestra parte contraria». La labor de destruir los cantables originales para rehacerlos bajo otra medida, en la que pierden con frecuencia espontaneidad y expresión, se conlleva entre dos más resignadamente.

El montaje de una zarzuela requiere, donde no hay directores especializados ni organizaciones permanentes, o sea en toda España, infinidad de tratos con escenógrafos, figurinistas y sastres... Una faena enloquecedora para un solo hombre.

Tampoco es grano de anís soportar el desprecio de la «intelectualidad» entrecomillada por nuestra labor de zarzueleros. Dos espaldas lo sufren mejor que una sola.

En los géneros literarios que no lleven tal cohorte de funciones adjetivas, la colaboración me parece innecesaria y casi imposible, salvo que existan lazos irrompibles entre los creadores asociados porque los anudara una fuer-

ION TEATRAL

te's de la colaboración

...a natural e irrefrenable: sangre, efecto, costumbre y otros tiranos.

Sin ella —dice Guillermo Fernández Shaw—, jamás me hubiese decidido a ser autor dramático

—Yo, personalmente, estoy agradecidísimo a la colaboración. Considero que, sin ella, jamás me hubiese decidido a ser autor dramático. La colaboración, en el género lírico, es muy conveniente en todo ese período que pudiéramos llamar de preparación de la obra: documentación, si fuese preciso, ambiente, tipos, caracteres, etcétera, y, también, en el planeamiento y en los cantables. En el resto, apenas si tiene razón de ser la colaboración.

Agustín de Foxá, partidario de la colaboración, salvo en las obras poéticas o simbólicas

—Tengo un magnífico recuerdo de la única vez en que he colaborado. Fué con José Vicente Puente en la comedia *Cente que pasa*.

Nos divertimos mucho, y fuimos nuestro primer público, porque bajo la comedia impresa había otra subcomedia hecha de tachaduras, propósitos y disparates menos literaria pero más espontánea.

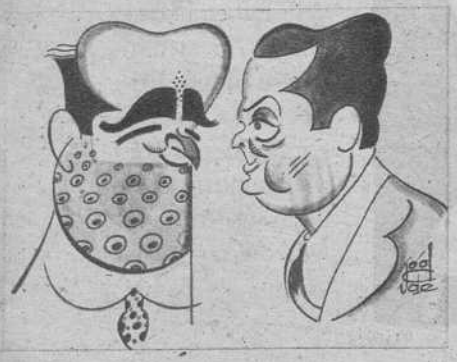
La colaboración enriquece el diálogo y perfila y aísla más a los personajes. Soy partidario de la colaboración en las comedias costumbristas, de sociedad, de evocación, de ambiente.

En cambio, me sería muy difícil colaborar en una obra poética o en una comedia simbólica. Porque en el verso, el poeta —aun aquel que posea afición y técnica— habla él solo a través de sus diferentes personajes; podrá dotarles de alma y corazón propio y diferenciado; pero hay como una especie de atmósfera poética, de huracanado viento lírico que unifica todo y hace un bloque en el cual los personajes son a lo sumo bajorrelieves; pero no estatuas sotas en el aire.

En la colaboración —para la cual es necesaria una base de amistad casi fraternal— se fecundan mutuamente las imaginaciones de los autores. Y las ideas, al rodar, se pulen y redondean como los guijarros de los ríos.

Escribir en colaboración —dice José Vicente Puente— es más divertido

—Escribir en colaboración es para mí un trabajo mucho más divertido. Si a esto añado una gran amistad con quien escribo, miel sobre hojuelas. Tal ha sido siempre los casos en que he colaborado. Mi último recuerdo es el de Agustín de Foxá, que si es admirable escribiendo, los que le conocen bien saben el enorme valor de su conversación y la luminosidad de su ingenio y su diálogo.



Adolfo Torrado y Leandro Navarro

Cómo construyó Torrado el cañoncito con que hace su guerra particular

Adolfo Torrado sonríe ante la pregunta, y contesta al cabo de un momento.

—Yo he colaborado con seis o siete plumas, y todas mejores que yo. Porque, como buen gallego, sé que no importa que una joya sea buena o mala, sino el estuche en que se la presenta y de quien se la recibe.

Durante mis colaboraciones yo he ido tomando la técnica de mis compañeros, y al cabo, con una pieza de éste y otra de aquél, he formado mi cañoncito, con el que hago mi guerra particular.

«De volver a colaborar sería con Torrado», dice Leandro Navarro

—Me parece agradable una colaboración cuando existe completa compenetración. Tal fué mi caso con Torrado. Inventábamos las comedias hablando; esto tiene la ventaja de que es mucho más distraído que hacerlo uno solo en silencio. Pero presenta el inconveniente de compaginar las horas de trabajo. Cuando, por ejemplo, yo estaba inspirado, él tenía ganas de divertirse, o viceversa. Desde luego, de volver a colaborar, sería nuevamente con Torrado, aunque, por otra parte, estoy encantado de escribir ahora solo.

«Cuatro ojos ven siempre más que dos», resume Eduardo Manzanos

—Opinar sobre la colaboración un escritor que es afecto a ella es lo mismo que hablar del colaborador. El escritor que no lleva ninguna firma acompañando a la suya forzosamente se manifestará como enemigo, quizá por hacer gala de no necesitarlo; pero el que hasta ahora figura encabezando los artículos, delante o detrás de otra firma, tiene que ser un verdadero partidario de la colaboración no porque necesite de ella —aunque surja por ahí de vez en cuando algún que otro Diego Navarro—, sino porque encuentra, como yo en este caso —ya que se me pregunta—, un apoyo o una mayor facilidad al colaborar con otra persona para llevar a cabo la idea que ha concebido. Con esto simplemente, y dentro de lo heterogéneo que puede ser contestar a la pregunta, me afirmo como partidario del ayudante o colaborador, aunque no sea más que por aquello de que cuatro ojos ven siempre más que dos.

José M.ª Lucio y Eduardo Manzanos

«La unión hace la fuerza», dice José María Lucio

—Es ya viejo el aforismo que dice que la unión hace la fuerza; por tanto, y de acuerdo con él, me parece bien y acertado esto de unir dos temperamentos, dos maneras de ser y de pensar, dos posturas literarias», para aplicarlas a una labor común. Esto sí, se han dado muchos casos de colaboración entre hermanos; en la mente de todos están sus nombres. Esto me parece casi sintomático, y pienso que para colaborar muy que ser, de sangre o no, hermanos o, por lo menos, primos. Será la única manera de que, llegado el momento tan frecuente de una divergencia, se solucione lo más *familiarmente* posible.

La compenetración de Muñoz Lorente con Tejedor

—Nuestro caso —dice Muñoz Lorente refiriéndose a Luis Tejedor— tiene su origen en una amistad muy antigua, desde los catorce años, y una compenetración siempre total en el teatro. Yo no hubiera llegado nunca a escribir solo una comedia, y dudo que él lo hubiera logrado, aunque tiene muchas más probabilidades que yo. Me siento incapaz de llenar noventa cuartillas seguidas, por pereza. El, en cambio, es demasiado tímido para llegar a las Empresas...

«Nos actuamos de contrapeso», dice Luis Tejedor

—Nos une un cariño fraternal —dice a su vez Tejedor—. Creo que nuestra diferencia de temperamentos nos hace estar más unidos, diferencia que, sin embargo, no existe en la labor artística. Nos actuamos de contrapeso: si él opina excesivamente práctico, yo le subo; si yo me remonto por nubes de ilusión, él me baja.

El arma los lío en las compañías; yo los desarmo. Pienso que la colaboración es el estado ideal del autor.

Y en nuestro caso, desde luego, de no ser así, no seríamos autores.

La creemos eterna e indisoluble.

Luis Muñoz Lorente y Luis Tejedor

(Caricaturas de UGALDE)

Las autoras explican por qué no escriben en colaboración

¿Por qué, del mismo modo que los hombres colaboran entre sí, no lo hacen también las autoras...?

Planteada la pregunta, y en el aire la solución, hemos decidido averiguarlo, «si es posible». Para ello nos hemos entrevistado con algunas autoras. Y nos han contestado así:

Dora Sedano

Nos ocupamos en curiosear la sala en que hemos sido introducidos. Y cuando contemplamos los desmesurados bigotes de un soldado antiguo que se eterniza en el interior de su armadura, una delicada y bien timbrada voz infantil que suena en una habitación contigua nos hace derivar la atención:

Su vida, que fué reflejo
de cómo se debe obrar,
nunca se debió apagar
. . . . . .

Penetra en el cuarto Dora Sedano. Un saludo breve, y comenzamos el interrogatorio:

—¿Por qué las autoras no escriben en colaboración...?

—No sé... No me atrevo a penetrar en el sentimiento de las demás... Si lo prefiere, contestaré en primera persona: Yo no escribo en colaboración porque juzgo que cada cual debe invertir en el teatro su personalidad; si lo que escribe está mal, debe soportar con toda entereza las consecuencias... Si está bien, no compartir el éxito con nadie y no temer que pueda pensar la gente: «¿De cuál de las dos será el acierto...?

Y agrega luego:

—Por venir perfectamente al caso, terminaré yo la poesía que recitaba mi hijo cuando entré aquí:

. . . . . .
Yo la tengo como espejo,
donde me suelo mirar...

Y nos aclara:

—Es un verso dedicado a mi abuelito. Precisamente de él creo haber heredado este temor mío a embarcar a otra persona en un fracaso...

—¿Qué método sigue en su trabajo...?

—Ninguno. Yo escribo siguiendo un impulso instintivo de inspiración, siguiendo el dictado de alguien desconocido —quizá de esa musa que nombran los poetas—, pero que me guía de tal forma en mis trabajos que no encuentro mejor ningún otro método. Inspiración..., nada de pensar prematuramente...

Pilar Millán Astray

—¿...?

—Por una razón muy sencilla. En toda colaboración existe una persona que es la desgraciada, la que carga con los defectos de la obra; por el contrario, cuando el resultado es satisfactorio, cree la gente que es quien menos ha puesto, aun cuando la realidad sea completamente distinta. Yo recabo para mí el fracaso o el éxito de mis trabajos. ¿No le parece que es lo justo?

—¿...?

—Yo no tengo más método en mi trabajo que el de la inspiración. Cuando estoy inspirada, entonces escribo. Luego, al terminar la obra, me dedico a corregirla, a darle los últimos toques... Esto me lleva siempre mucho más tiempo que lo anterior, ya que si escribir el borrador lo hago con verdadera fiebre que no me permitiría pulir la obra.

—¿...?

—¡No...! ¡Pero si eso es hasta anticristiano! A los personajes no se les puede encadenar con el determinismo que supone comenzar una obra por su desenlace. El personaje teatral ha de estar vivo, y en la vida las cosas se van encadenando y sucediendo... Por eso mi técnica es tan sencilla: Creo los caracteres, los lanzo a la escena, los enfrento, los hago vivir, en una palabra, y... va surgiendo la obra como se desliza la vida. ¡Cuántas veces una de esas creaciones nos lleva por caminos que ni soñábamos al comenzar a escribir...!

Julia Maura

En el saloncillo del María Guerrero encontramos a Julia Maura, que contesta cordialmente a nuestras preguntas:

—¿...?

—Por dos razones. La primera, por lo difícil de compenetrarse dos mujeres. ¡Somos tan reacias a pensar al unísono...! Usted, amigo mío, no conoce el tremendo individualismo femenino... La segunda, en relación con una colaboración varonil, porque nadie me ha propuesto colaborar. Yo, por mi parte, sí lo he propuesto varias veces a firmas que me han interesado, y... no han querido aceptar. He sacado la conclusión de que a las mujeres no nos gusta colaborar entre nosotras, y que los hombres, salvo raras excepciones, tampoco quieren nada con nosotras en cuestiones literarias.

—¿...?

—No tengo ningún método fijo. Cuando se me ocurre una idea, un argumento que me parece aceptable, lo divido mentalmente en tres actos y éstos, a su vez, los divido en escenas. Luego... las escribo y... ya está.

—¿...?

—No solamente conozco siempre el desenlace, sino que considero que es lo más importante en toda obra teatral. La única comedia que he escrito y la que estoy escribiendo ahora las he empezado por el tercer acto. Creo que es la mejor manera de que vayan ganando en interés...

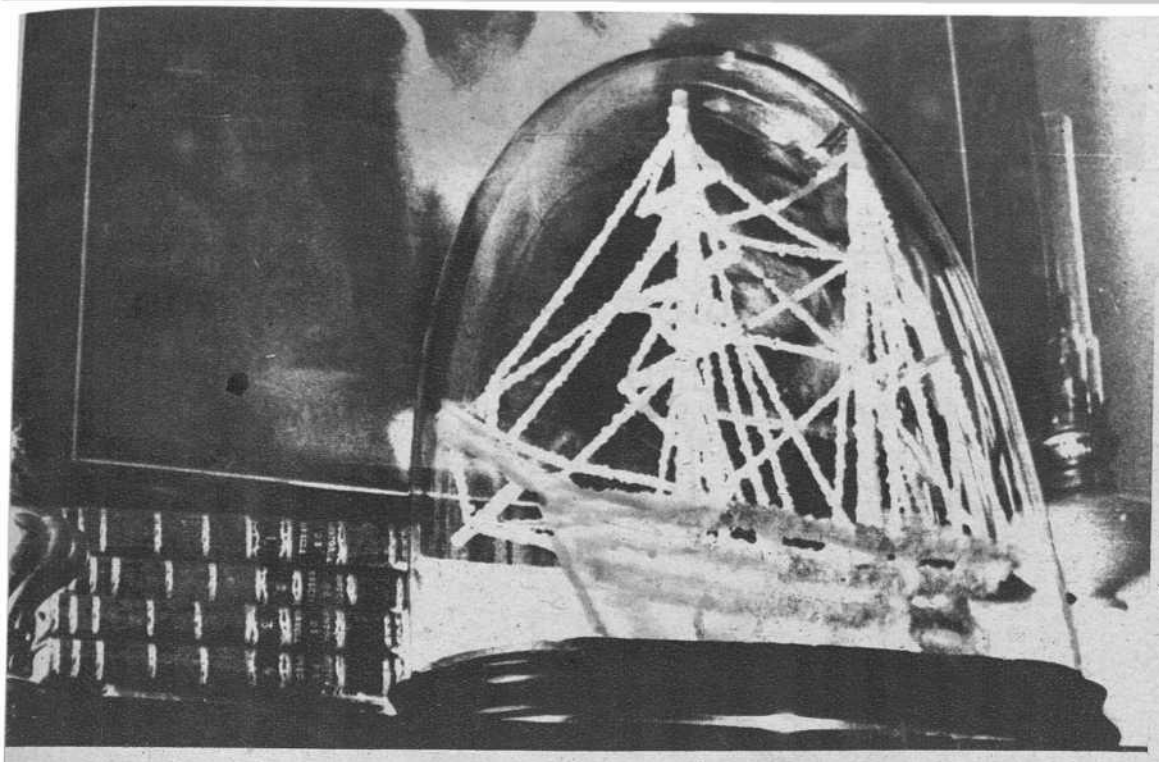
* *

Y ahora ha surgido un dilema: ¿Cómo se deben escribir las obras...? ¿Por el final..., por el principio?

Pilar Millán Astray y Julia Maura enfrentan sus contestaciones...

Nosotros las recogemos y... ellas tienen la palabra.

M. GARCIA SUAREZ



«Viven sobre repisas, dentro de vitrinas, o en la cumbre de una estantería, su sueño decorativo...»

Fragatas de amor con ANGELES ALFÉRECES

A mí me emocionan estos barquitos de sal que a veces vemos sobre una consola entre jarrones y porcelanas, o en el rincón de una biblioteca junto a viejas y solemnes encuadernaciones en pergamino o piel con estampaciones en oro. A mí me emocionan porque me traen a la memoria años y leguas de mi juventud por las costas levantinas, tan llenas de cultivos salineros: pirámides y aludes y barcos; también barcos henchidos de este polvo amargo e hiriente, como fuego artero que se vistiera de blanca candidez que es la sal.

Estos barquitos finos, esbeltos, con su velamen plegado, son como tiernos corderillos del mar, todos cubiertos de una lana abullonada y suave que invita a la caricia. Y se me llevan la mirada detrás cuando los contemplo. ¡Qué bellas singladuras dentro de su nave fría y tierna como de nieve, hacia unas costas con banderitas de Pascua y jolgorio de Nacimiento...!

Porque a mí estos barcos no me recuerdan los alucinantes paisajes nevados de las novelas de Salgari, ni las costas de aventura y misterio de las páginas de De Foe, ni aquellos otros mares tremendos sobre cuyas encrespadas olas conducía Edgar Poe sus macabras embarcaciones... Estos barquitos salineros tienen cadencia de villancicos. Si a Belén hubieran llegado dádivas y presentes por mar, hubieran idó en barquitos como éstos, de sal blanca y reluciente, cuyas quillas flotarían sobre las aguas sin hendirlas, en rasantes vuelos de palomas o de gaviotas —que son palomas de los mares— y sin temor a los vientos que por eso tienen el casco construído en gracioso cuadriculado de encaje, en caprichosa labor de orfebrería, abierto al tránsito de las brisas finas y las galernas terribles.

No recuerdo que ningún poeta los haya cantado nunca. Los poetas se nutren de tópicos y estos finos barcos de sal, en su desnudez esquemática, se resisten al tópico. Viven sobre repisas, dentro de vitrinas, o en la cumbre de una estantería su sueño decorativo en competencia con otras mil chucherías de porcelana o de cobre, de laca o de terracota, sin más prestigio que un cactus, ni más consideración que un abanico de marfil. Nadie les hace caso, y sin embargo, en los momentos de tribulación interior, ¡qué consuelo la visión de estas naves menudas y blancas para el ánimo contristado! Nos viene de ellos una caricia tenue y temblorosa que nos apacigua el espíritu, porque ellos nos invitan a ese viaje que no podríamos hacer jamás en barco alguno: un viaje a las regiones de los sueños castos y las nobles apetencias, con cielos anchos de inefable serenidad y mares de tranquila transparencias—tan lejanos, ¡ay!—sobre los que no pueden navegar más que estos barquitos salineros, fragatas de amor que tripulan ángeles alféreces...

(*Fot. Montes*)

RAIMUNDO DE LOS REYES

LOS ESCRITORES Y EL MAR

NICOLAS GONZALEZ RUIZ

NO OCULTA SU DECIDIDO PENSAMIENTO «TERRESTRE»

✱

SE ARREPIENTE DE HABER ESCRITO ALGO SOBRE EL MAR Y PIDE QUE SE LE PERDONE

Nicolás González Ruiz

Nicolás González Ruiz, el ilustre escritor, es un gran humorista. Su conversación amena y su agilidad en la respuesta le sitúan en ese plano difícil de los amigos agradables. Y con su simpatía nos ha contestado a las cuatro preguntas de la encuesta, lo que copiamos, sin comentarios, porque la charla sobre este tema nos llevaría muy lejos...

—¿Tiene influencia el mar sobre el estilo y pensamiento de los escritores?

—Creo que resultaría herético decir que no. El mar es una de esas cosas peligrosas, ruidosas y molestas a las que tradicionalmente se dedican grandes alabanzas. Uno de los tópicos habituales es decir que el mar inspira a los escritores. A mí me molesta ver junta tanta cantidad de agua no potable.

—¿Cuál crees que es la mejor novela o el mejor trabajo literario sobre el mar?

—Me falta preparación para contestar rotundamente. En tiempos me impresionó mucho *El pescador de Islandia*, de Pierre Loti. De todos modos, en la literatura se ve que el mar es un lugar triste donde se ahoga muchísima gente.

—¿Has escrito algo de tema marítimo o marinero?

—Temo que sí; pero en cualquier caso estoy arrepentido, por lo cual creo que se me debe perdonar.

—¿Qué recuerdo o anécdota marítima guardas de tu vida?

—Un mareo espantoso que cogí en el Canal de la Mancha...

Sin comentarios, como decíamos antes, porque aun no dejamos de sonreír de las ocurrencias marineras de Nicolás. — P.

Mercado de esclavas en Uad-Serrak

por LUIS ANTONIO de VEGA

Entrada al oasis

Muchacha esclava de Mauritania

Una calle de Uad-Serrak

UNA parra. Bajo ella, y junto a las casas que formaban un cuadrángulo, los habitantes del oasis de Uad Serrak, situados a la sombra, los unos de pie, los otros sentados, con las piernas cruzadas. Al fondo, un marco de palmeras. La hora más alta de la mañana en un día de mercado.

Fuera, en el zoco que se comunicaba con la plazoleta por paso estrechísimo, vendedoras de aves, de carbón vegetal; pirámides de frutos de dulce pulpa, huevos, dátiles. En el otro extremo, subasta de objetos árabes, jaiques primorosos de Marrakex, alfombras y tapices de Argelia, candelabros moruncs, teteras, espingardas, gumías con empuñadura de plata repujada y gumías camperas. Aquéllas, lucientes como la más fina hoja de acero toledano; éstas, mohosas y algunas con manchas de sangre.

El cafetín donde me hallaba era una habitación estrecha y alargada, con una ventanuca a la plaza y otra al zoco. El zoco del oasis hubiese tenido para mí mucho más interés de no haber sabido que en la plazoleta se celebraba un mercado especial, un tráfico prohibido en todas las partes del mundo donde Europa ha impuesto su ley; pero los oasis, a orillas del desierto, quedaban al margen del Imperio marroquí y de la regencia argelina, y el mercado de esclavas se celebraba públicamente.

En tanto sonaba la hora, sorbiendo lentamente el té, paseé la mirada por las paredes del establecimiento. Viejas litografías de batallas entre rusos y turcos, en las que invariablemente vencían los otomanos, porque en otro caso aquél no hubiera sido un cafetín musulmán. Una estampa del antiguo Sultán de Turquía.

Había también un pequeño estrado con instrumentos de música: un violín, dos derbukas, un guembri. En el local, sentados cerca del mostrador, dos árabes hablaban en voz baja. Solamente llegaban hasta mí palabras sueltas, las suficientes para saber que se interesaban por el mercado de esclavas.

Se estaba bien en el café moruno, escuchando los pregones del zoco y la campanilla del guerrab, el repartidor de agua, que iba de una parte a otra como una fuente móvil que aplacara la sed de los creyentes; pero la proximidad de la celebración del mercado me empujó fuera del establecimiento.

* * *

Al fondo había una especie de escenario de piedra.

Sentadas en él, varias mujeres envueltas en sus jaiques. La esclavitud en los tres territorios que forman Berbería —Marruecos, Argelia y Túnez— ha sido siempre dulce; no le van los tonos sombríos, y mucho menos que a ningún otro país a Marruecos, donde la esclava no es otra cosa que una criada que alquila sus servicios para toda la vida y cobra de una vez, y por adelantado, el importe de sus soldadas.

Lo frecuente es que llevan una vida más grata que la de sus dueñas. Estas últimas se hallan sometidas a la clausura, que en raras ocasiones se quebranta, mientras que las esclavas entran y salen de la casa poco menos que cuando lo tienen por conveniente, llevan la administración doméstica, bajan a los zocos y no hay espectáculo público que les esté vedado.

Me aproximé a las futuras esclavas. Eran ocho en total. Tres de ellas, negras. Una de las morenitas, con un gesto gracioso y una sonrisa que no se le despegaba de los labios gruesos. Las otras dos, viejas y musculosas. Un árabe explicaba a sus amigos que una de las negras había quedado viuda recientemente. Es muy posible que no teniendo nada que vender hubiera pensado venderse a sí misma, lo que, en el fondo, constituía un buen negocio, ya que por este procedimiento de la esclavitud le era fácil encontrar una casa tranquila donde acabar sus días, llevando y trayendo chismes de vecindad.

Las otras cinco aspirantes a esclavas eran cabileñas o hijas del Desierto. Dos hermanas que constituían otras tantas cargas para la familia, sin gracia suficiente para hacerlas bailarinas.

Su madre, que era con quien había que tratar los pormenores de la compra, decidió que el oficio más adecuado para sus retoños era el de esclavas.

Había otras dos mujeres, ya maduras. Sus figuras nó tenían nada interesante. Dos cabileñas para quienes había pasado el tiempo sin convertir sus manos en nupciales y que, desengañadas en su pretensión de encontrar marido, se avenían a buscar dueño a quien servir.

La última de las aspirantes resultaba bastante distinta que sus compañeras. El pañuelo que le cubría el rostro se lo quitó en varias ocasiones con objeto de que los presuntos compradores pudieran apreciar su belleza. Tenía la piel dorada y los ojos húmedos y negros. Uno de los hombres que habían acudido al mercado discutía con la madre de la morita.

—¿Mil francos argelinos?... ¡Es mucho dinero!

—Es un dátil que todavía no ha terminado de madurar.

—Pero mil francos...

—Se trata de una perla fina.

El creyente vacilaba... Por aquel precio podría comprar una dromedaria... Pero los ojos de la morita, tasándolos mal, valían cien onzas de oro...

Se decidió:

—Ochocientos francos y no se hable más.

—Por hacerte gracia, consiento... Pero te repito que llevas a tu casa una perla, la luz de mis ojos...

Entonces fué un deseo loco el que rebulló en mi cerebro. Tal vez me pareció que pagar solamente ochocientos francos constituía una forma de menospreciar la mercancía... Tal vez no fué eso; pero la garganta se me llenó de palabras imprudentes que, por fortuna, pude sofocar.

—No soy un negrero —me dije— que ha venido a los mercados de Africa a comprar esclavas, sino un católico para quien la esclavitud es cosa abominable...

Y contuve mi ímpetu y me abstuve de pujar por la esclavitud de la saharina. Luego vi, con pena, alejarse al amo y a la esclava.

¡Qué bien hubieran sonado las risas de la muchacha árabe en mi casa mora de Tetuán!

Los Premios Nacionales de Periodismo y Literatura

"FRANCISCO FRANCO" y "JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA"

Diez minutos con EUGENIO MONTES sobre periodismo

Eugenio Montes, a quien le ha sido otorgado el Premio Nacional de Periodismo «Francisco Franco»

Eugenio Montes acaba de llegar de Lisboa. Una llamada telefónica y quedamos citados por la tarde. Entre felicitaciones y saludos, vamos haciendo un paréntesis para la charla. Es el día en que se muere Samuel Ros... Y Montes está muy abatido.

—Realmente, yo he venido a Madrid para darle mi abrazo. Y en contraste a esta pena, he visto que los Reyes Magos me han traído el premio... ¡Pobre Samuel, está muy enfermo...! He querido asistir a este gran amigo...

Y puede más la tristeza del amigo que la alegría del escritor por el premio conquistado. Samuel Ros ha muerto y ha dejado en la vida de Eugenio Montes un hondo pesar. Estamos en el «hall» del hotel, babel de gracias.

—¿Va de interviú, don Eugenio?

—Bueno... ¿Y de qué hablar, con vistas al público...? Que soy gallego, que fuí corresponsal de *A B C*, que soy académico, que leo, que estudio, que escribo... esto no tiene importancia. Es bastante sabido.

—Efectivamente. Puesto que su premio es de periodismo, hablemos de él. ¿Cree usted en el periodismo?

— Según en qué sentido.

—En el que puede desprenderse del galardón justamente concedido a su labor de periodista.

—El periodismo es un género literario que en cierto modo ha existido siempre y en cierto modo se está haciendo. El hombre moderno ve las cosas bajo especie de temporalidad, y el antiguo, de eternidad. El periodismo existía ya con concepto historial en las obras antiguas, griegos y romanos.

—¿Cree usted en el periodismo informativo?

—No. El periodismo ha de interpretar. El periodista propende a dar lo más chocante, que no es lo más importante. El periodismo propende a dar aquello en que el hoy se diferencia del ayer. Ahora, la realidad del hoy no está constituída sólo por aquello que le diferencia, sino también por aquello que le semeja del ayer; de tal modo que también lo que continúa es real. Es así que el periodismo no recoge lo que continúa y lo que permanece; ergo no comprende íntegramente lo real.

—¡Buen argumento!

—Desengáñese. Noticias suceden siempre, lo que hace falta es seleccionarlas.

—Sin embargo...

—Nada, nada. No me interrumpa. Por lo que se refiere al espacio, un enviado especial, por ejemplo, propende a dar de un país lo que le diferencia del lugar para donde escribe. Así, si es alemán y va a Francia, recoge, sobre todo, lo que diferencia lo francés de lo alemán. Pero tampoco Francia es lo característico, sino lo genérico. Las tres cuartas partes de la realidad de un país son genéricas, y esto, que es común, el periodismo propende a dejarlo a un lado.

—En conclusión...

—Que nos encontramos con la evidencia de que es necesario renunciar a lo sensacional y chocante, que es la gran desventura en que ha caído el periodismo anglosajón. Al querer hacer un periodismo como los anglosajones, sin discernimiento y sin profundidad, dedicado a hacer vibrar los nervios de las gentes, esa especie de folletinismo de las noticias es culpable de que, con los poderosos medios de comunicación que existen en nuestra época, la opinión pública ignore las corrientes decisivas que mueven la historia contemporánea.

—Como ha señalado usted recientemente en un breve ensayo titulado «Síntesis y el viril valor de la verdad...»

—Efectivamente. Nunca el mundo poseyó más medios informativos. Nunca, en cambio, ha conocido menos lo real. Quizá los árboles no dejen ver el bosque. O quizá estemos en una época cobarde que necesita engañarse a sí misma y prefiere vivir o morir de ilusiones a ver de frente lo que es y cómo es. Por ejemplo, ¿tuvo Inglaterra información exacta de lo que era el problema político bolchevique...? ¿Este mismo país ha tenido informaciones justas de la Alemania hitleriana...? Alemania, a su vez, ¿ha tenido conocimiento verdadero de la situación inglesa...? Sobre nuestra guerra nacional, ¿tuvo Europa visiones acertadas correspondientes a las realidades...?

—Vamos, señor Montes, que es usted poco crédulo en los valores informativos de la Prensa.

—Si el periodismo universal continúa tan insensato como ha estado hasta ahora y los Gobiernos tienen que depender de él, entonces presagio los peores males, porque llegará una hora en la cual serán las corrientes pasionales, excitadas y nerviosas, las que conduzcan una época que exige serenidad, mesura y razón.

—Refiriéndonos concretamente a su contribución a la obra periodística...

—Yo he llevado a los periódicos mi personalidad. En España casi todo el ensayismo contemporáneo se ha publicado en la Prensa —Unamuno, Ortega, D,Ors...— Y es que el periodismo ha tenido que suplir las deficiencias de otros organismos personales. Yo creo que he hecho ensayos en los que he querido expresar mi pensamiento filosófico, pero quizá lo que los lectores hayan apreciado más sea el sentido poético que vieron en mi prosa.

—¿Y esto le conforma a usted...?

Pero Montes, el gran escritor, no recoge la pregunta, porque ha de corresponder a la enhorabuena que le lanza un señor, que nos ha interrumpido el diálogo, mejor, que le ha interrumpido el monólogo. Don Eugenio ha contestado, cortés y caballeroso, una palabra, al ausentarse de la conversación, que sería un despropósito aprovecharla de respuesta:

—Perdón.

Y mientras él habla, yo recuerdo una anécdota, contada por él un día, de cómo, en un gran acontecimiento mundial, suplió la lentitud de un colega, a quien se le hacía muy difícil escribir de prisa una información para dictarla por teléfono a su diario de Madrid, brindándole, muy en compañero, el regalo de una crónica verbal, donde, para no repetir los términos y las ideas que él expuso en la suya, trató de asemejarse el estilo del nervioso corresponsal. Una vez más, Eugenio Montes demostró sus dotes de excelente amigo y sus virtudes de entrañable compañero.

—¿Cómo fué el presentarse al premio, señor Montes?

—A requerimientos de Javier de Echarri, mi querido director de *Arriba* y amigo de siempre... Estimó que debía hacerlo y lo hice.

—¿Labor en el telar?

—Una obra sobre Francia, otra sobre Descartes y otra sobre «Pico de la Mirandola».

—¿Algo más?

—Que haga pública mi satisfacción por recibir el Premio Nacional de Periodismo «Francisco Franco», por tratarse del nombre que da título al mismo.

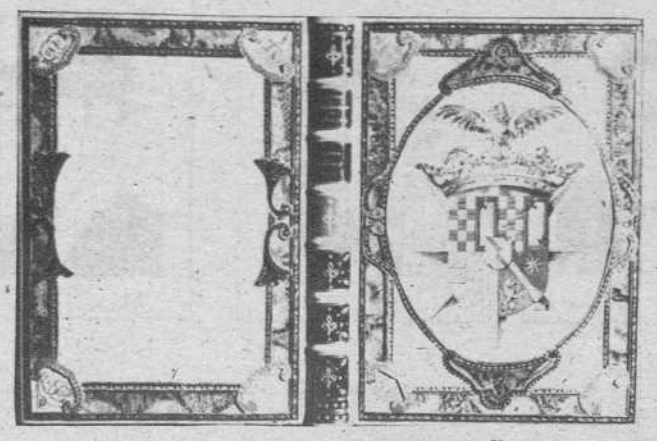
La noche —al margen de la interviú— se perdió en un café con solera literaria y Eugenio Montes se me apareció lleno de profunda sinceridad y no exento de simpatía. Una duda me invadió: ¿Habrá sido lo suficientemente textual recogiendo su pensamiento...? Pena será que se me haya marchado por las fugas propias del humilde oficio, porque no tendrán la compensación de lo poético...

E. DE LAS N.

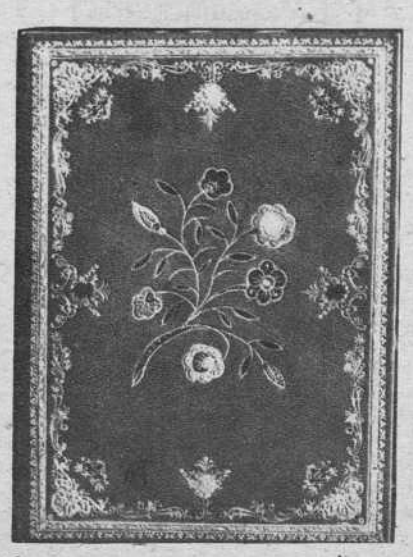
En el próximo número se publicarán las entrevistas con los demás escritores galardonados con los Premios Nacionales de Periodismo y Literatura «Francisco Franco» y «José Antonio Primo de Rivera»: Don Agustín del Río Cisneros, don Federico Izquierdo Luque, don Pedro Salvador y don Pablo Alvarez Rubiano.

VIAJE ALREDEDOR DEL DESPACHO DE DON VICENTE CASTAÑEDA

Don Vicente Castañeda, con «Chiqui» y Rosarín, nietos suyos



Este curiosísimo reloj lo heredó el señor Castañeda de su padre



Primera página de un álbum de tarjetas de visita

Dos de las preciosas encuadernaciones en que encierra sus libros (Fots. Orbis)

LIBROS Y RETRATOS SIMBOLICOS

RECUERDOS DE LOS PRIMEROS AEROSTATOS Y LOS PRIMEROS FERROCARRILES

UNA COLECCION DE TARJETAS DE VISITA

Un cuadro original y del más alto interés

FRENTE por frente a la puerta de entrada del despacho tiene don Vicente Castañeda un cuadro interesante.

Es una copia del de Delaroche, que existe en el Museo del Louvre, *Muerte de Isabel de Inglaterra*.

—Ese cuadro es un reloj. La esferita, ¿la ve usted?, está arriba, a la derecha. Lo heredé de mi padre. Es curiosísimo. Toca el Angelus dos veces al día, y después de dar cada hora, una pieza de música.

Minutos después nos saluda el reloj con *El barbero de Sevilla*. Al mirarlo, en tanto suenan las notas suaves de la melodía, me parece vivir épocas de mayor serenidad espiritual que la nuestra.

Bellas encuadernaciones y libros valiosos

Advierto luego las espléndidas y bellísimas encuadernaciones con que aparecen los tomos, que, ordenados, llenan unos estantes de elegancia severa.

—Creo que la encuadernación de los libros es como el matrimonio; si es mala, destroza un libro para toda su existencia. Una rica y bella encuadernación lo salva del vulgo, y así puede llegar a manos del docto que lo aprecie. Yo he pagado siempre muy bien la encuadernación. Creo que la obra de los encuadernadores ha valido por mí.

—Mucho libro pequeño...

—Amo los libros pequeños, como odio los molestos libros en folio. El pequeño suele ser una síntesis acertada, y por su pequeñez es con frecuencia destruído. Por eso lo amo y lo defiendo.

Don Vicente es hombre de gesto, si no severo, serio siempre. Ha sonreído ahora. Es que ha irrumpido en el despacho la curiosidad inquieta: un mocete de unos seis años, que, brincando, llega a la máquina del camarada fotógrafo y la mira y quiere cogerla, y pregunta...

—Es el amo de la casa: mi nieto José Joaquín.

—*Chiqui*—interrumpe el muchacho.

Y *Chiqui*, llamado así por él, se sube a las rodillas del abuelo.

Un nuevo personaje: Rosarito, trece meses. Es un angelote. Carita muy llena, color muy sonrosado, ojos parlanchines, sonrisa que encanta... Dicen que quiere comer cuanto ve; no habla, pero lo pide con gestos y con gritos.

—Es la gloria del abuelo.

Ha dado don Vicente por terminada la visita de la gente menuda, y otra vez serio, sigue hablando.

—Tengo una serie de libros que he ido coleccionando para mi entretenimiento y mi delectación. Y alrededor de mí, cosas simbólicas: lo que creo que deben ser los ideales nacionales.

Y me va mostrando:

—Retrato de don Jaime de Aragón, dibujo original de Juan de Juanes. Debajo, un azulejo de la casa natalicia de San Vicente Ferrer con las armas de Valencia. Aquí, a la izquierda, una tabla de Balaca: Santa Teresa de Jesús. Y debajo, un azulejo del castillo de Atondo, casa señorial de la abuela de San Francisco Javier. Creo que si España ha representado algo, ha sido por saber fundir en una sus dos directrices: el honor español representado por sus caudillos y la religión de sus místicos.

Colecciones de trajes viejos y Manuales de la vida doméstica

—¿Y en esos armarios...?

—Hay muchas cosas. Imposible enseñarle todo. Pero, en fin, vea usted. Tres colecciones de trajes españoles. Una del siglo XVIII, obra de Juan de la Cruz, el hermano de don Ramón. Excelente artista, casi desconocido en España. Otra colección de Rodríguez, ya entrado el XIX, y otra, también del XIX, de Rivelles. Creo que este conjunto de las tres colecciones es una verdadera rareza. Tengo ya muchos volúmenes, unos sesenta, de una colección que quiero formar del último tercio del XIX y primero del XX: manuales de vida doméstica, *Lo que debe saber una señorita*, al lado de *Modos de hacerse la corbata*.

—Será muy curioso.

—Además, un álbum hecho el mismo año de la independencia de Méjico (lo creo único), en la época del primer presidente de la República, Guadalupe Victoria. Está en francés, hecho por un italiano. Se titula *Trajes militares, religiosos y civiles de Méjico*. Tengo alguna edición de Boboní, el impresor maestro italiano... Un libro lujoso, en rico papel, referente a las primeras ascensiones aerostáticas españolas; la *Descripción y noticia del Real Fernando*, el primer barco español de vapor; navegó por el Guadalquivir. Una descripción del primer ferrocarril que hubo en España, el de Barcelona a Mataró, y uno de los billetes que regaló el marqués de Salamanca para la inauguración del segundo ferrocarril español, el de Madrid a Aranjuez. Impresos referentes a actos de cortesía: nacimientos, bodas, defunciones... Las letras de Campoamor y Zorrilla para los conciertos del Liceo madrileño, que se reunía en el palacio de la duquesa de Villahermosa... Libros de indumentaria de los siglos XVII, XVIII y XIX...

—Ese retrato...

Me refiero a uno que preside el despacho.

—Esa es mi madre. Se lo hizo Biosca, un pintor valenciano. Y ese cuadrito pequeño que hay debajo es un Fortuny: el retrato de su cuñada, doña Manuela Madrazo. Otra cosa curiosa que tengo: un *Calendario civil*. Creo que es ejemplar único.

En las paredes del despacho hay otras cosas muy interesantes: una *Purísima*, de Vicente López; el boceto del retrato que le hizo Benedito al duque de Alba... En un testero, una esfera armilar del XVIII.

Cojo un tomo bellísimamente encuadernado.

—Ese es el primer álbum de la colección de tarjetas de visita: Vea; en la primera página, las de Carlos IV, el duque de Alba y Godoy.

Me asusto. Si cada vez que mi curiosidad me lleve a tocar algo de este despacho descubro una nueva serie de cosas de interés que atrae y que subyuga, no se acabará nunca esta visita.

Antes de despedirme le hablo unos minutos de la Academia de la Historia, a la que pertenece el señor Castañeda desde hace diecisiete años, y de la que es secretario perpetuo.

—Si dispusiera de mayores medios, la Academia haría muchas cosas. De todos modos, no cesa en su labor. En breve aparecerá el *Catálogo de la Colección Muñoz*, y se reanudará la publicación del *Memorial Histórico de España*, con el anecdotario y noticias de los siglos XV y XVI.

Apoyándose en el bastón que nunca abandona desde que, hace cuatro años, en unas regatas en San Sebastián, se produjo una grave lesión en una pierna, don Vicente me acompaña afable y expresivo, pero con la seriedad de siempre.

Sonríe, sin embargo, unos instantes. Acaso me concede esta sonrisa como despedida para subrayar la cordialidad que no ha faltado un momento en su conversación. ¿O es que por entre los cortinones ha descubierto a *Chiqui* y a Rosarín?—**PLAUDERER**

¿LE HACE A USTED GRACIA EL HUMOR DE LOS DEMÁS?

Miguel Ligero

«Rámper»

Manolo Morán

Faustino Bretaño

ADAN GARCIA

—A ustedes y a mí nos ha tocado siempre ser espectadores de la gracia y del humor de estos conocidos artistas que figuran en la encuesta. Nuestra reacción ante su arte ya la conocemos por nosotros mismos, claro está, y tenemos sobre ello un criterio formado, pero, ¿cómo reaccionarán estos artistas ante la comicidad de los demás?

Durante mucho tiempo he creído que aquellos que por su profesión hacen siempre una misma cosa, están, en cierto modo, inmunizados contra esa cosa misma. Pero recuerdo que en cierta ocasión conocí a un cirujano muy optimista con el dolor de sus pacientes, y cuando la desgracia hizo que se le infectase una pequeña herida en la mano, le oí dar tales gritos de dolor durante la cura que le hacía un compañero, que esta inmunidad en que yo creía se vino abajo. No obstante, aun me queda alguna duda y por ello acudo con mi pregunta a estos artistas. Porque pudiera suceder que de tanto hacer reír a todo el mundo, les costase trabajo sentirse espectadores de la gracia de los demás, y sobre todo si tenemos en cuenta que un elevado porcentaje de las risas —no sonrisas— se producen ante la novedad, la sorpresa y lo inesperado de la gracia y de la situación que se ha buscado para fijarla.

Si alguno de ustedes se encuentra en la misma duda que yo, aquí tiene la ocasión de satisfacer su curiosidad.

MIGUEL LIGERO

—¡Mucha...! Y como adivino su intención, le diré que, a mi juicio, todos los que nos dedicamos más o menos directamente al humor, con más o menos acierto, somos propensos a reír la gracia de los demás, a celebrarla con nuestra risa o con nuestra comprensión. No nos induce a ello un impulso de solidaridad, sino que, acostumbrados a ser espectáculo, nos sorprende la gracia de otros, por inesperada cuando somos espectadores.

Al fin y al cabo, la mejor risa se produce por lo inesperado de la gracia, por la situación y por la mímica del actor, más que por lo que dice. Y eso es lo que yo aprecio en los demás artistas.

«RAMPER»

—A mí, mucha. Y me parece que va a ser ésta la primera vez que conteste en serio a una pregunta periodística.

Cuando soy espectador, siempre me río y aplaudo el humor de los demás, habiéndose dado el caso de ser la mía la única carcajada que se oyese en el público, y que de un vecino de localidad comentase en alta voz, señalándome a mí: «¿De qué se ríe este hombre?» Y no es que lo haga por bondad hacia los de mi «gremio», sino simplemente porque me hace gracia la mímica del actor.

Sin tratar de especificar las naturales excepciones, yo creo que el público más propenso a la risa es el que menos veces asiste a funciones cómicas. Y habré sido espectador de este género quince veces a lo sumo.

MANOLO MORAN

—¿Hay algo más sano que reír?— pido perdón a los deportistas—. ¿La gracia, no produce risa y el humor también? Pues a reírse se ha dicho—me digo a mí mismo cuando voy a un espectáculo cómico.

Claro que algunas veces ocurre que, ya en la calle, pienso sobre lo que he visto y me pregunto: ¿Tiene gracia este hombre? Y si en realidad creo que la tiene, vuelvo a reírme.

FAUSTINO BRETAÑO

—Si de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso, según asegura vulgar filosofía, yo creo que del humorismo a la estupidez no hay más que un estornudo.

A mí, un tonto nunca me hace reír; al contrario, hablando con él le he compadecido, por lo cual la gracia a través de los demás, la veo de dos maneras: ¿Que me hace pensar y termino riéndome?; humorismo. ¿Que me hace pensar y luego se me saltan las lágrimas?; tonto o estúpido... Desde luego, un enfermo al que se le debe hacer una revisión, por si acaso necesita tratamiento.

¡COCHES DE CABALLOS!

UNA COSA "MALA" Y UN "NEGOSIO" FABULOSO

Por J. HERNANDEZ PETIT

¡«Con un día como éste y nadie vie ne», dice el cochero

ENTRE tantas definiciones como conozco de la ciudad de Sevilla—de ellas, la que más me seduce es la más lacónica: la de aquel que dijo: «¡Sevilla..., na!»—, no hay ninguna que la declare, cual es, «la ciudad de España que tiene más coches de punto». Inútil añadir que me refiero a coches con caballos de carne y hueso o, mejor dicho, con pellejo y huesos. Quede aquí mi modesta pero enérgica protesta antes de seguir, por el hecho de que también a los automóviles se les llame coches. Porque tengan cuatro ruedas y una caja, dentro de la cual hay asientos para dos o más personas, los automóviles no tienen el derecho de la usurpación. ¡Haber nacido antes! ¿Coches y andan y se paran sin necesidad de riendas? ¿Coches? ¿De qué?

Perdonad este inciso y sigo hacia el objeto que me propuse desde el momento en que escribí el título que lleva esta página de FOTOS y a la vista de las que Hermes, de Cifra, me envía, recuerdo de nuestro último viaje a «la ciudad de María Santísima», la «de la gracia y el salero, más clara que la cáscara del huevo».

Fué una tarde de otoño que más bien parecía de primavera al alcance del verano.

—¿Vamos a darnos un paseo en coche?

—Vamos.

Pero fué un obstáculo casi insuperable la hora. La hora de la siesta. Si un cochero dormía, otro y otro y otro también. En sus pescantes, con la colilla apagada, sin más ruido que ligeros taconeos, el trinar de los pájaros y algún que otro sonoro ronquido, ¿quién se atrevía a turbar sus digestiones? Un sevillano —un amigo de todo el mundo y más de los forasteros— se dolió de aquel acto de «pereza» colectiva y alzó la voz:

—Pero, ¿es que aquí nadie da «gorpe»?

Sólo un viejecito ligero de sueño, cano, arrugado y simpaticón, se dignó abrir uno de sus ojos. Con un dedo se ahorró tener que despegar los labios.

—No.

Y se quedó dormido al instante.

Se oyó una carcajada estrepitosa. Fué nuestro improvisado amigo. Tras de torcerse y retorcerse, deshecho en lágrimas de tanto reír, al fin expresó lo que en verdad pensábamos:

—¡Hombre!... Eso tié gracia. ¿Verdad que tié mucho salero?

Actuó de despertador. Los poco antes adormilados cocheros se enteraron y también rieron; movieron los caballejos sus cabezotas, como diciendo: «¡Este tío malage...!», y tras de las primeras fotos que como recuerdo impresionó Hermes, nos encaramamos en el coche más próximo. Arrancó crujiendo, chirriando. Restalló el látigo. El del pescante se ladeó la gorrilla y cantó una soleá:

Tu calle ya no es tu calle,
que es una calle cualquiera,
camino de cualquier parte.

«Si te oyera don Manuel Machado», pensé yo... Comenzó el desfile: la Giralda, el Alcázar, la Torre del Oro, el Guadalquivir... ¡Delicioso! Sólo en Andalucía se plantan en el santo suelo macetas con flores. Unicamente en esta tierra de promisión las amas de casa ordenan: «Sal y barre», sin que lo mande el alcalde. Las enredaderas tapan lo que deben tapar y orlan cualquier detalle digno de realzarse.

—Y a to esto, ¿ónde vamos?

—Pues... al parque de María Luisa.

Muchas veces lo hemos recorrido, y Dios nos permita centuplicar en lo sucesivo las visitas hechas. Ni que decir tiene que descendimos al llegar al monumento que en memoria de Gustavo Adolfo se levantó a expensas de los gloriosos hermanos Quintero. Al llegar a la plaza de España, ningún trabajo nos costó entablar conversación:

El del pescante, con la gorrilla ladeada, cantó una soleá

—¿No le parece que debemos dejar que descanse el caballo?

Al cochero le pareció colosal, y lo dijo. Después le preguntó su nombre.

—José Vargas, pa servirle.

Y ya, sin necesidad de «carrete», fué él quien nos contó mucho, muchísimo más de lo que a continuación transcribo, aunque él lo dijo con un «salero» que el que suscribe quisiera para los días que repiquen en gordo.

Sevilla es la ciudad que tiene más coches de punto de España. Más que Málaga. Y más que Granada y San Sebastián. En la actualidad tiene cuatrocientos coches tirados por caballos —que irremediablemente terminarán, en el mejor de los casos, en las plazas de toros—, sobre poco más o menos por seiscientos taxis, desde que terminó nuestra guerra. Antes de ella no llegaban a cincuenta los primeros; se cobraba a dos pesetas la carrera y cuatro por hora, y cocheros y jamelgos medio se morían de hambre en su escaso deambular por el Parque, la Palmera, la Catedral, el barrio de Santa Cruz, la Casa de Pilatos, la Caridad, la Cartuja, San Lorenzo, la Venta Real de Antequera y cuantos sitios para recreo del espíritu o de los sentidos tiene Sevilla al servicio de propios y extraños. José Vargas se refería a «la mala época».

—Y ¿cómo fué el dar el salto de menos de cincuenta a los cuatrocientos?

—¡Digo!... Más fásil que fásil.

Al cabo de un cuarto de hora largo logramos hacernos una idea. Cuando comenzó a escasear la gasolina, una mujer—Pepa *la Toribia*—tuvo la genial idea de empezar a recorrer España de Norte a Sur y de Este a Oeste, comprando armatostes: coches viejos «del año de Matusalé», que ni siquiera se podían tirar a la basura por lo grandotes y porque eran «más feo que feo». De Madrid, sobre todo, se llevó a Sevilla «¡qué sé yo!» Total, que el que había costado cincuenta y cinco duros, después de veinticinco años de servicios, no había quien se lo comprara a la sevillana viajera por menos de cinco mil.

—Y los caballo, iguá. Uno que yo vendí en catorse duro, que el que lo aquirió se creyó que había comprao la Girarda —y que se le murió a lo do día—, hoy pué que valiera..., ¡échele tela!...

Cada caballo de tiro se come al día de veinticinco a treinta pesetas: ocho kilos de maíz o cebada, dos de paja y dos cubos de agua, «que es lo más barato». Pero normalmente rinde cincuenta.

—¿Cuántas veces hay que pintar el coche al año?

—Póngale dos. Y la cochera, arreos, llantas...

—Y ¿cuánto se saca al coche que más durante la feria de abril?

—Póngale siete mil... ¡A la orden! ¿Eh?...

Quería decir toda la mañana y toda la noche al servicio de quien lo alquilaba. La cifra nos sobresaltó. Hermes me preguntó:

—¿Has traído el talonario?

Se conformó con dos duros «por ser nosotros». Al alejarnos comencé a pensar: «¿Cómo podré comprar un coche, y un caballo?» Pero no he encontrado la solución, y ya, ante las horas de sueño perdidas, he llegado a la conclusión de que el negocio de los coches de caballos es «una cosa mala».

—¿No le parece que debemos dejar que descanse el caballo?

Si a usted se le hace tarde en la PUERTA DEL SOL...

A las tres de la madrugada salen coches hacia todos los barrios de Madrid

Por JUAN LOSADA

Transporte de viajeros a todos los barrios de Madrid de dos a las tres y media de la madrugada desde la Puerta del Sol
(Fot.-Montes)

Hoy es sábado. Nuestra sabatina de Price se ha alargado algún tiempo más de lo ordinario. Hemos salido tarde del circo y aun hubimos de entretenernos más dando unos paseos por la avenida de José Antonio. Son las dos y cuarto de la madrugada. Ya no hay «Metro»; le cerraron hace tan sólo unos minutos. Los tranvías también van a acabar pronto su misión de transportar a los viajeros rezagados. Y, sin embargo, a pesar de las dificultades que encontrarán luego para llegar hasta su domicilio, la avenida está repleta de público. Es seguro que a las diez de la noche no habrá tanto tránsito como a las dos y media de la madrugada. A esta hora vemos a mucha gente conocida.

Hablamos un poco con todos. Y la hora, entretanto, avanza. Ya son las tres de la mañana. Ahora mismo acaba de pasar el último tranvía, que me hubiera podido llevar a mi barrio. Pasó el postrer disco «17». Yo he querido agarrarme aunque hubiese sido al «trolley». Pero mis amigos, mis buenos amigos, velando por mi salud no me han dejado suicidarme. Dicen es seguro que llegaría sin vida a mi destino. Bueno, quiero decir a mi aposento.

—Sí; pero qué puedo hacer ahora. ¿Acaso os parece entretenido irme a estas horas, solo y aburrido, y andando, hasta Cuatro Caminos?

—¿Por qué te vas a ir andando? ¿Para qué quieres entonces los vehículos de la Puerta del Sol?

—¿Vehículos en la Puerta del Sol?

—Claro, hombre, claro. De allí salen camionetas para todas las direcciones de Madrid.

Siguiendo su consejo, pues, he llegado a la gran plaza. Y, en efecto, he visto que allí estaban estacionados gran número de coches. A la puerta de cada autobús había un hombre. Este hombre voceaba:

—¡A Narváez; a Narváez.

Como no tenemos que ir hacia Goya, he dejado esta camioneta. Me voy hacia otra. Ya está llena. Va a salir. Monto.

—¡La última camioneta a Embajadores!

Tengo que bajarme de prisa. Y es cuando puedo sentarme en el coche que me llevará a la avenida de Reina Victoria.

—¡A Cuatro Caminos; a Cuatro Caminos!

El coche no está lleno aún. Por eso puedo hablar un rato con el conductor. Y me explica:

—Sí, caballero; puede estar usted danzando por ahí hasta las tres y media de la madrugada. Hacia esta hora es cuando sale el último coche. Es decir, los últimos, puesto que hay varios que van por direcciones distintas.

—¿Por dónde?

—Van a Cuatro Caminos, Embajadores, Argüelles, Goya y Atocha.

—¿Un viaje solo?

—No; más. Eso depende de los viajeros que vengan. Algunas noches podemos hacer hasta cinco viajes.

—¿Están todas las noches aquí?

—Sólo los sábados, domingos y días festivos. Es cuando hay más tráfico.

—¿Y cobran?

—Una peseta por viaje. Hoy, por ejemplo, hemos sacado 150 pesetas: o lo que es lo mismo: hemos trasladado a Cuatro Caminos 150 viajeros. Y en los otros trayectos ocurre algo parecido.

—Entre todos los coches, ¿cuántos viajeros recogerán ustedes?

—Unos mil.

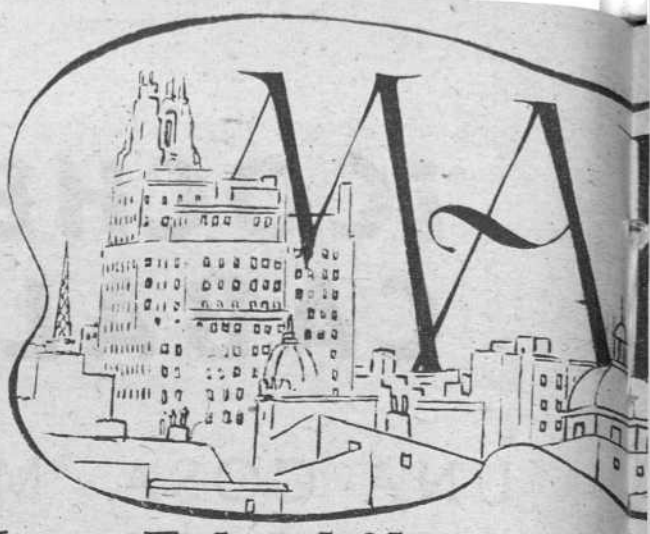
—Estos viajes los organiza una empresa, ¿no?

—Lo regular es que quien tenga un coche y se haya dado cuenta de este pequeño negocio, venga a explotarlo, puesto que es libre. Claro que si vienen más de los que somos, pues no le arriendo las ganancias a ninguno.

El coche empieza a nadar. Los viajeros son gente joven y vieja, formales y bulliciosos. Un grupo de éstos se ha puesto a cantar y bailar eso de la «luna, lunita». Los demás hemos decidido taparnos los oídos.

Pero ya llegó el autobús a los Cuatro Caminos. Y es entonces, al bajarme, cuando pienso mandar una felicitación a estos señores que se preocupan de nosotros, a una hora desierta de «Metros» y tranvías.

Remigio Jorge



Los 5 habitantes d

Román Cascales es el inquilino más a
una ocasión se ha tenido que arrojar d

La Cibeles tiene cinco habitantes. Todo el mundo los conoce de vista. Ocupan cinco hotelitos algo más pequeños que sus similares de las colonias veraniegas. Son cinco hoteles «estilo garita», y muy personales: de una sola plaza. Las paredes y el techo son de lona y ofrecen la particularidad de carecer de puerta. En cambio, tienen un ventanuco en uno de los tabiques laterales.

En más de una ocasión me he parado a contemplar la vida de estos cinco habitantes de la Cibeles. ¿Y quién, al pasar en coche, en tranvía o a pie no ha reparado en ellos? Si era verano, los he visto a la puerta de su «casa» —oasis en el desierto adoquinado— intentando aplacar con tragos constantes de agua embotijada los rigores de la canícula; si era invierno, al amor de una fogata hecha con cuatro astillas o dando fuertes y cortos paseos para matar el frío.

Ellos son admirados por el «todo ese Madrid» que les ve diariamente; son admirados, compadecidos... y envidiados alguna que otra vez, como sucede en estas mañanas de espléndido sol.

Más de un día he intentado visitarles; pero, siempre, el pito del guardia de turno y la consiguiente amenaza de multa de dos pesetas ha puesto plomos a mis pies. Y así, he ido aplazando la visita hasta hoy, que por ser las tres y media de la tarde y no haber entrado aún de servicio los guardias se puede cruzar sin miedo a incurrir en falta.

Remigio Jorge y la calefacción

Primera visita. Esta, sin necesidad de cruzar la plaza, pues el flamante hotelito se levanta al borde de la acera. El inquilino se llama Remigio Jorge y, sin duda a causa del frío, está sentado en el interior de la vivienda.

—¿Se puede?

—Pase, pase usted... Bueno, esto de que pase ya habrá *usté* supuesto que es un decir. Ahora, que si *usté* quiere pasar de verdad, *usté* pasa. Yo me salgo para que *usté* quepa, pero *usté* pasa.

—Bueno, hombre. ¡Y qué! ¿Cómo vamos por aquí?

—Tirando; tirando de la cuerda «pa» cambiar las agujas.

—¿Se cambian muchas?

—¡Digo! Ya ve *usté* si fueran «agujas de ternera», el banquete que me iba a atizar todos los días... Y eso que aquí, al sol, no se vive mal; lo malo es cuando llega la noche y aprieta el frío.

—Claro, no tiene calefacción...

—¡Eso es lo que yo echo de menos! Porque hace un frío... Pero no nos dejan tenerla. Y eso que con sólo un par de tragos...

—Pero, oiga: ¿a qué calefacción se refiere usted?

—¿Pues a cuál me voy a referir? A la «central... individual». Por lo demás, soy feliz y vivo contento. Llevo aquí tres años. Antes era conductor de la misma Compañía, pero me salió en un dedo un callo maligno y como el dedo me ha quedado inútil, me han traído aquí.

Román Cascales y la atracción del agua

El hotelito de Román Cascales está situado al pie de la Cibeles.

—Yo soy el inquilino más antiguo de este importante nudo tranviario. Hace veinticuatro años que soy aquí guardaagujas.

—Entonces, casi, casi, desde la dominación árabe...

—Minutos después; una leyenda reza por estos contornos que durante la dominación árabe nos hicimos fuertes en nuestras garitas y que con sólo los bastones de hierro abrimos la cabeza a más de mil moros. Pero, eso es una leyenda...

—Ya.

—Ahora, que si le fuera a contar las cosas que a mí me han pasado en estos veinticuatro años... Mire, hasta el año treinta y nueve, en más de cinco ocasiones ha caído la lona de mi casa acribillada a balazos. Ya puede *usté* suponerse que yo no estaba dentro, claro...

—Claro. Pero, ¿dónde estaba?

—Pues, por lo general, metido en el estanque, que es lugar más seguro en semejantes casos. La primera vez que en él me metí estábamos en febrero, y ¡hacía un frío! De pronto empiezan a sonar unos tiritos y a silbar las balas a mi alrededor... Y yo sin tener dónde resguardarme, hasta que me fijé en el pilón. Y, ¡pumba!, de cabeza que me tiré.

—Encontraría el agua friísima...

—¡Quite *usté*, hombre! Cuando ya iba por el aire, me acordé de que habían vaciado el estanque aquel día.

Juan Herreiz y la agricu

Tercer habitante: Juan Herreiz.

—A mí me conocen por «Juan Fo... frío cojo tres pedazos de leña y a...

—¿Cómo pasa usted sus horas?

—Pues como todos: cambiando ... agrada.

—Y en los ratos libres, ¿qué hace

—¡Ay!, los ratos libres. Es lo que yo ... jor si fuera tierra y no adoquines ... huertecito, sí, señor, a espaldas d... cultivándolo. Tendría lechugas, lom... si hasta alguna que otra gallina!

Joaquín Rosauro y las p

Joaquín Rosauro, que es el cuarto ... rodeado por una nube de palomas, que huyen asustadas.

—Me entretengo dándolas de comer mucho las palomas.

—¿Asadas?

—¡Por Dios! Si yo me comiera una ... ría la conciencia toda la vida. Además citas! Si viera *usté* lo que sufrí cuando ... dedor ambulante...

—¿Quién?

—Un vendedor ambulante que ... hacerse propaganda se ponía unas ... siempre había encima suya un cente... rerlas mucho, hasta que un día se des... descuido, echaba la zarpa a una, la ... llevaba.

Francisco Claramunt y e

Quinta y última visita. Francisco ... de su hotel, lía un pitillo.

—¿Mucho frío?

—Ahora, no; por las noches es cuan... tan rico, no cambio yo mi puesto por ... el invierno al verano. En verano se ... sueño...

—¿Sí? ¿Y qué sueña usted?

—Que soy artista de cine. El cine es mi pasión. Me gustaría ser artista y pintarme la cara y ponerme pelucas y trajes antiguos y...

—¿Hace muchos años que está aquí?

—Pocos; pero, en total, llevo en la Compañía veintiún años de conductor. Me encontré de pronto débil de piernas y me trajeron de guardaagujas. Oiga, *usté* que es periodista: ¿será verdad que ha estado Greta Garbo en Madrid? Vamos, que si ha estado y ha pasado en coche por la Cibeles y yo no la he visto... ¿Habrá mala suerte?

(Fots. Montes)

DRID

s de la CIBELES

antiguo y en más de
de cabeza al estanque

Por J. de D.

ricultura

iz.
Fo ata», porque así que aprieta el
ar o una para calentarme.
s?
do gujas. Es un trabajo que me

nace
que yo digo, que ya los pasaría me-
es lo que pisamos. Pondría aquí un
de mi «casita» y me entretendría
lom ardas, repollos... ¡Y quién sabe
l

as palomas

uarto habitante de la Cibeles, está
as, que al ver la máquina de Montes

coner miguitas de pan. Me gustan

a una paloma de éstas me remorde-
de s, está muy castigado. ¡Pobre-
cuando se descubrió que aquel ven-

ue e ponía en aquella acera y para
unas miguitas encima del traje y
centenar de palomas. Parecía que-
se descubrió que el infame, al menor
a, la metía debajo del brazo y se la

t y el cine

isco Claramunt, sentado a la puerta

s cuando le hace. Ahora, con este sol
sto por nadie. Siempre es preferible
o se derrite uno, y le entra a uno un

Juan Herreiz

Joaquín Rosauro

Román Cascales

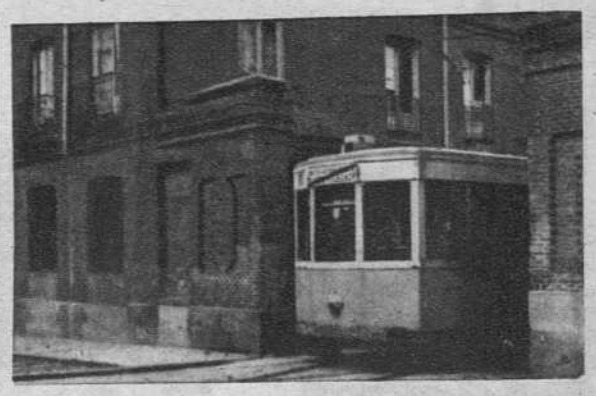
Francisco Claramunt

DESPIERTA la CIUDAD

Reportaje gráfico por

J. ROSADO A. de SOTOMAYOR

Son las primeras horas de la mañana, cuando sorprendemos a la trapera dedicada a su misteriosa e inexplicable industria de aprovechar todo lo inaprovechable. ¿Cómo lo consigue? ¡Misterio!



Con ese andar solemne y despacioso de los grandes acontecimientos, el primer tranvía aparece en la puerta de las cocheras. Se detiene unos momentos para tomar su piscolabis de kilowatios y prosigue satisfecho de trocar la estática nocturna por el dinamismo de la diaria jornada

Los trabajadores en los camiones que las Empresas de construcción ponen a la disposición de los obreros que han de trabajar en el extrarradio

Tras su parapeto de vasos y roscones, el «barman» espera la llegada de los primeros clientes. Alineados en el mostrador, aguardan los vasos el emocionante momento de dar «un paso al frente»

Los grandes edificios también precisan del arreglo matutino. He aquí el momento en que uno de ellos se hace limpiar la blanca dentadura de sus escalones. Pasado este momento, del «dentífrico», la luminosa sonrisa de su portada añadirá una nota alegre a la alegría inigualable de nuestra Gran Vía

Las ocho de la mañana es la hora en que la ciudad toma su ducha diaria —necesaria para desvanecer las últimas somnolencias—, mientras los escolares se dirigen a las primeras clases

¿No es cierto que Madrid mojado es —a consecuencia de tanto negro brillante— como si el gremio de limpiabotas hubiera sustituído al de barrenderos?

Son las nueve menos diez minutos. La vida recobra su ritmo a pasos de gigante: mientras empleados y oficinistas rezagados corren por nuestras calles, los agentes de la Circulación aparecen en pequeños grupos por la calle de Postas y marchan a ocupar los puestos que les han sido designados. Diez minutos más tarde, la blancura de sus cascos lucirá en todos los pasos de peatones y el primer silbato marcará el comienzo de la diaria actividad

ANTE EL AUTOR DEL LIBRO NUEVO

Bonmatí de Codecido

Y LA NOVELA.

Bonmatí de Codecido, en su cuarto de trabajo

Bonmatí de Codecido, visto por Savoi

Yo no elijo nunca mis asuntos —dice Bonmatí—, no busco los temas de mis novelas; son ellos los que me encuentran y se disputan mi ánimo. Y voy coleccionando sensaciones que al agitarse en el espíritu al calor de mi temperamento, de mi modo de sentir y soñar, por sí solas se entrelazan para tejer rudimentariamente un cañamazo donde la fantasía borde luego a su antojo. Siempre son varios los embriones que solicitan y se disputan mi atención. Yo hago como que no me entero de su existencia; no les doy ni calor ni morada —duendes que penetran clandestinamente en la imaginación y que la habitan sin mi permiso—. Alguna vez noto que uno de ellos, sin expulsar a los demás, se va afincando en mí de una manera más honda, va creciendo con la llegada a lo subconsciente de nuevas sensaciones que armonizan con su esencia, y poco a poco va conquistando los baluartes de mi estética, que me defienden contra él hasta que me gana definitivamente. Es entonces cuando siento la necesidad de escribir, y me decido. Una vez elegido el asunto, como lo llevo dentro, voy con él a todas partes, pienso en él continuamente, y noto que al calor de esta impregnación absoluta de mi ser van surgiendo anécdotas, tipos y paisajes que le complementan. Su resultado se traduce en novela, que voy escribiendo a máquina, y que no corrijo hasta que se halla terminada.

—¿Y después?

—Después corrijo sólo las faltas de ortografía, que tengo muchas, y alguna que otra palabra que sustituyo. Nunca modifico un capítulo ni un pasaje; no me hago nunca un guión que tutele la vida de mis personajes; los dejo vivir y reaccionar libremente, procurando tan sólo que no se salgan de su línea psicológica. A veces, alguno puede más que yo, y del segundo plano que le había destinado salta a la primera línea, e incluso conquista el puesto de protagonista. Muchas veces he llegado a pensar si el ambiente no será el verdadero protagonista de las novelas y el protagonista la encarnación dinámica del ambiente. Todas las estampas de ambientes que figuran en mis novelas las he vivido yo. Hay una serie de estados pasionales imposibles de describir si no se han sentido cumplidamente. Claro que la necesidad de almacenar experiencia tiene que ir acompañada de una sensibilidad que al solo contacto con las cosas capte la emoción que duerme en ellas al arrullo de su belleza.

—¿Qué condiciones cree usted que debe reunir el novelista?

—El novelista ha de ser un poeta en prosa; tiene que poseer ese don que permite distanciarse aun de las situaciones en que él mismo es protagonista para colocarse en lugar con perspectiva que le permita ver literariamente; necesita de una capacidad expresiva que dé interés y gracia a lo insignificante.

—¿Qué tiempo suele tardar en escribir una novela?

—En escribir mi último libro —*El ladrón de Clara Valverde*— he tardado tres meses; para ambientarla me pasé un mes en Sevilla, porque, como sabes, la acción sucede en Sevilla y Madrid.

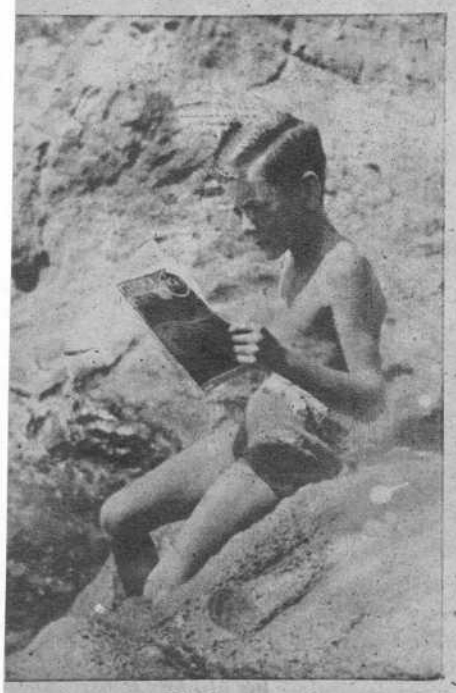
Francisco Bonmatí de Codecido tiene escritas siete novelas y algunas biografías interesantísimas, entre las cuales se destaca la de *La duquesa Cayetana de Alba*. En la actualidad escribe otra novela, con el título *La muda*, y acaba de ser editada *El ladrón de Clara Valverde*, que constituye un libro de extraordinaria amenidad e interés.

LEOCADIO MEJIAS

LOS LIBROS Y LOS CHICOS

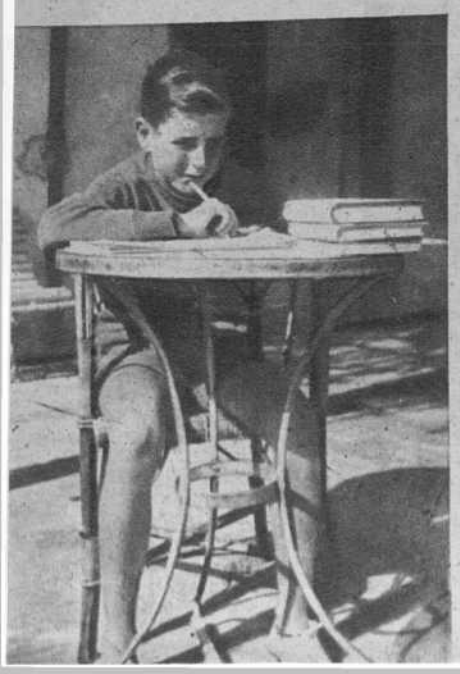
UN NOVELISTA DE ONCE AÑOS

Cuando los escaparates se han llenado de libros de duendes y de detectives, de trasgos y princesas, de brujas y bandidos caballeros, y acaba de celebrarse, en un salón de gran rango artístico, y bajo los auspicios del Instituto Nacional del Libro, una Exposición del Libro Infantil, llena de singular belleza y de magnífico interés, nos llega, a la vez que esta encantadora Exposición, la grata visita de un novelista niño. De un chicarrón de once años, con las rodillas arañadas, que ha escrito con gracia y con tino su tercer libro para chicos.



El chico novelista

El pequeño novelista en su labor creadora



Para chicos como él, que juegan al fútbol y gustan de nadar y se pelean por el Atlético o por el Barcelona.

De estos chicos, y no niños sabihondos, aunque ya se haya metido en el Latín y algo lo domine, es Luis Marqués Canós, quien cuando tenía nueve años, recién estrenados, escribió sus "Aventuras en Africa", que ahora ven la luz a la par que era seleccionado para defensa del equipo del colegio.

Y a la vez que avanzaba en el deporte y el estudio, Luis iba subiendo en el terreno literario. Así, a los diez años, escribe "Aventuras en Asia"; luego, más tarde, "El joven explorador" y "Un pirata leal", y ahora, últimamente, cuando acaba de cumplir los once, "El caballero azul".

Fecundo autor es este niño novelista, que deja la pluma por el periódico infantil o por la escopeta de aire comprimido, o el balandro; aquélla, el precio pedido al padre por lo que sus editores le den por la primera obra.

Pero este fecundo autor que es Luis Marqués Canós, que sabe dar a sus aventuras una singular gracia y un buen lenguaje, es más que difícil el llegar con él al trance de la entrevista.

Aquí, ante las clásicas preguntas que los interviuvadores sometemos a los autores: por qué escribiste tu obra, cuándo lo hiciste, qué te has propuesto con ella, y otras semejantes, es cuando nuestro novelista se cierra a la banda, no con descortesía, pero sí con un sentido muy real de su edad. Un sentido que para sí lo quisieran algunos grandes que caminan por el mundo-mundillo de las letras.

Dándose cuenta perfecta de que es un chico, que escribe para otros chicos como él y que, por tanto, no debe aturdir a los mayores con declaraciones y frases engoladas.

Niño novelista, pero, sobre todo, niño, es este joven autor, que anda cuando es preciso a trompicones y no con sus críticos, y más bien por si le han hecho o no trampa jugando a las bolas.

Este novelista, a quien ha sorprendido el fotógrafo, y que lee a Salgari y a Verne y ya se asoma a nuestros clásicos, no necesita de gran confort para sus tareas de la pluma.

Tampoco para sus lecturas, para leer a Emilio Salgari o a Julio Verne, para leer los libros de las hadas o las andanzas del "Lazarillo", y dándose la mano, como ahora en los escaparates, se la dan con la suya, con sus "Aventuras en Africa", que viene a traer al mercado librero infantil la voz de un verdadero niño. Y un autor que, en este desfile de viejos, maduros y jóvenes por estas columnas no podía faltar.

De este autor, que ha preferido marcharse a jugar al fútbol o a saltar a pídola, que de ambas cosas llevaba idea, a hacer declaraciones sobre sus libros, que le convierten en un pequeño y fecundo Camilo José de Cela, nuestro gran novelista.

LUIS FONTERRIAS

SAMUEL ROS

Cuando falta un amigo, cuando se va de nuestro lado un entrañable compañero, la pluma ya no sabe cumplir con la ligereza que se pide al periodista. Porque queda algo por encima, flotando sobre la prosa, sobre el recuerdo. Algo que es la imposibilidad de dedicar las mismas frases, el cajetín usual, al que compartió con nosotros estas tareas diarias de escribir y sacar a la luz los periódicos.

Y si hay un escritor, periodista con vocación, con estilo, con personalidad, Samuel Ros podía exhibirse con su tipismo. En esta hora en que todas las rotativas giran llevando el luto de su nombre entre las fotografías que el archivo ha bajado hasta la mesa de la Redacción, hemos sujetado ésta con el hilván de un breve comentario. Es un Samuel Ros al borde de la acera, perpetuo caminante, observador, espectador y actor muchas veces. En este Madrid que él tanto amaba, sobre el que escribía y hablaba, queda su imagen en la distraída actitud de quien siempre llevaba prisa, iba caminando ligero... —tanta prisa tenía, que se nos ha ido muchos años antes de lo que esperábamos—. Samuel Ros en la Gran Vía. Este podía ser el título en el que recogiésemos miles de anécdotas y de historias. Pero, no es hora aun, en que el dolor nos muerde de empezar a contar: Samuel Ros decía...

Nos parece imposible que lo escribamos, y desgraciadamente así es.—J. V. P.

SAMUEL ROS, el escritor que se inspiraba en la noche oyendo melodías de Beethoven y Chopin

Y que fumaba medios cigarrillos

Samuel Ros, en su labor periodística

Un eco triste ha difundido la noticia de la muerte de Samuel Ros, y a su conjuro han brotado en mi memoria los recuerdos de la última entrevista que el autor de *Los vivos y los muertos* tuvo la gentileza de concederme.

Samuel Ros se presentó ante mí despeinado, con cara de sueño, en batín y zapatillas.

—Perdóneme que le reciba así—fueron sus primeras palabras—. Pero estos me ha valido el Premio Nacional de Literatura, y un cuento me trajo a Madrid a los veintidós años. *El Liberal* abrió un concurso con un premio de cinco mil pesetas y uno de los trabajos que más se destacaron fué el mío. Con este motivo me entró la llamarada del hambre literaria y me trasladé a Madrid.

Y aquí empieza la época de sus triunfos. En 1928 publica un tomo de cuentos, titulado *Bazar*, al que siguen dos novelas humorísticas: *El ventrílocuo y la muda* y *El hombre de los medios abrazos*.

—Hasta *Los vivos y los muertos*, libro publicado primero en Chile y poco más tarde en España, no empiezo, en realidad, a defender mi labor. Toda mi producción anterior responde a una época en la que el arte era réplica a un mundo que poco á poco se iba agotando

Samuel Ros, en su despacho

que me he acostado a las ocho de la mañana.

—¿Trabajando hasta esa hora? —pregunté.

—Sí; yo trabajo siempre de noche. Creo que la noche es el reino del escritor.

Con aire cansado se dejó caer en una butaca y encendió medio pitillo, guardando el otro medio en la cajetilla. Fué un detalle que me hizo sonreír.

La aureola de triunfo que enmarcaba su figura —recientemente le habían concedido el Premio Nacional de Literatura 1943— contrastaba con su aparente modestia. Cuando le pedí que me contase algo de su infancia, me respondió de carrerilla:

—Nací en Valencia el año de 1905. Mi padre era abogado, y yo, sin ningún interés, seguí la misma carrera. Mi primera incursión al campo literario fué como periodista. Tenía entonces catorce o quince años. A los dieciséis publicaba *Las sendas*, novela de tono realista, con todos los defectos propios de las cosas que se escriben antes de la madurez física e intelectual. Para escribir bien una novela se requiere gran experiencia de la vida.

No dejaron de llamarme la atención estas palabras, pues yo creía a Samuel en posesión de todos esos requisitos, y, sin embargo, cultivaba poco la novela.

—Es que prefiero el cuento—me aclaró—; me agrada más, y en el fondo le estoy agradecido, y creo que le cultivo bastante bien. Un libro de cuentos me ha valido el Premio Nacional de Literatura, y un cuento me trajo a Madrid a los veintidós años.

Le pregunté por su labor de comediógrafo.

—La primera comedia la estrené en San Sebastián, con buen éxito de crítica y de público. Se titulaba *La felicidad empieza mañana*, y estaba escrita desde hacía muchísimo tiempo. En Madrid he estrenado la adaptación de *Mujeres*, la tragedia en un acto *En el otro cuarto*, que es lo único teatral que he hecho a mi gusto, y *Víspera*, que llegó a suscitar una polémica literaria, iniciada por *Azorín*.

El tiempo iba pasando, y como presumía que le estaba robando a Samuel Ros unas horas de sueño, me decidí a lanzar las últimas preguntas:

—¿Es usted muy aficionado a la música?

El, en vez de contestar a la pregunta, me hizo otra:

—¿Lo dice por el gramófono? Sólo tiene unos cuantos discos, de Chopin y Beethoven, exclusivamente. Los suelo poner por la noche, cuando me canso de escribir. Ellos me inspiran; son como un remanso de paz en la lucha.

—¿Cómo ve usted la novela española en la actualidad?

—Creo que sigue la decadencia que se inició en el siglo XIX. No obstante, cada día surgen nuevos valores. Camilo José Cela, entre los más recientes, me parece un gran narrador.

El escritor, paseando por el nuevo Madrid

Y en este punto di por terminada la conversación con el gran escritor Samuel Ros.

JUAN DE DIEGO

(Fots. Montes)

Divagando por la ciudad de piedra

GERONA
SEDE SILENCIOSA

NADIE podrá calibrar el daño causado por don Benito Pérez Galdós a la ciudad de Gerona...

El viajero que abre el abanico de su curiosidad sobre Gerona, trae prendido en la tela que unifica al varillaje un lugarejo hostil y roquero, piedra durísima de la muralla, allá a lo lejos el fulgor de un morrión francés y en las calles unos hombres cerrados y súbitos, descendientes de devoradores de razas... La Anécdota, don Eugenio, dominando a la Categoría.

Pero he aquí que, quien pisa tierra gerundense, siente un suave temblor, como una pleamar lírica, que le anega el corazón y el espíritu. Ja-

más una ciudad ha conservado tan avaramente su perfil como la que tenemos a la vista. De piedra las casas solariegas con escudos de mármol donde un fresco verdín actualiza y anima a una leyenda honorable. Las calles pinas, estrechas, cruzadas por arcos desdentados.

Empotrada en la pared, surge, de pronto, una fontana. Cae, a impulsos de un mango manejado por una mano femenina, un agua lenta y traslúcida en una cántara de barro cocido.

Si nos acercamos, la aguadora nos mira y en sus ojos tiembla una nostalgia luminosa de Grecia.

Gerona, espejeada en el río...

Gerona se hizo para el Cuartel y para el Convento. Buena campana para rasgar el velo del silencio perfecto de la atardecida, pero también buen cornetín en trance de diana llamándonos al trabajo y a la lucha.

Pero no hay ciudad sin coquetería, y Gerona se mira, narciso de piedra, en las aguas del río Oñar, duplicándose en una desdibujada Gerona ácuea, por donde salta, de piso a piso, el fulgor húmedo de una carpa saltimbanqui.

Gerona es como un símbolo abierto y sensible. Ciudad contra las invasiones, su muralla es escudo que limita y defiende por el norte la esencia española. Dura muralla, donde si ayer ballesteros tenaces, hoy se dispara al aire de San Daniel, frente a la invasión agrícola del Valle, el tiro vivo de una golondrina aleteante...

No busquéis el alma de la ciudad en el libro simpático de don Benito Pérez Galdós. El alma de la ciudad deriva en las callecitas por donde nos rozan en deliciosos contactos yedras trepadoras. El pálpito de Gerona es su perfecto, divino silencio sin estrambote.

Castilla es callada, pero su máximo poeta, San Juan de la Cruz, encontró que tenía «el silencio sonoro». El silencio denso y estirado como un pellejo de tambor, que nos aprieta de presentimientos musicales los oídos.

En Gerona, no. El silencio es puro y simple, como una urdimbre fabricada con hitillos de estrellas. Pasan, entre sotanas y latines, los seminaristas, y sus pisadas leves se diluyen en la magnificencia de la escalera catedralicia.

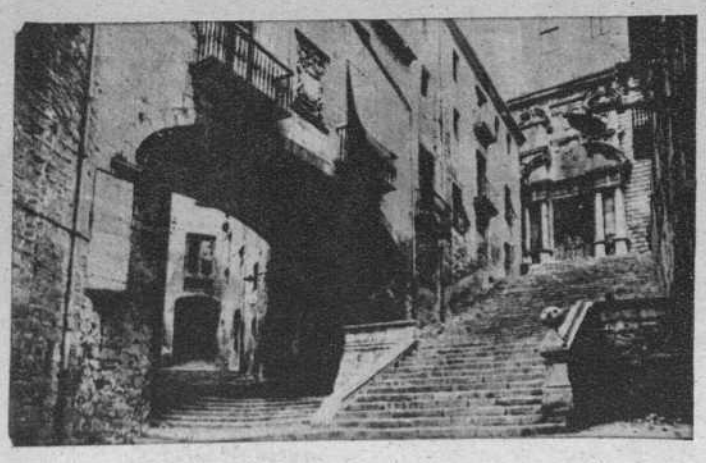
Toda la ciudad invita a la soledad y al reposo. Allá, entre el Pirineo en sombras y la muralla, se extiende un ámbito gris y amargo, como el filo de una bayoneta desnuda.

No es esto, no es esto, don Benito. Una luz sosegada ilumina la filigrana gótica de San Félix y la piedra se hace plegaria y caricia.

Ciudad para noctámbulos, nos place andar por sus callejas donde la luna hace soñar a la enredadera un vaho luminoso de plata. Aquello que desvela la noche, ¿es el chillido de la bruja encantada en la gárgola de la Catedral?

Ahora que el mundo camina hacia fórmulas nuevas es preciso realizar un peregrinaje emocionado a las viejas ciudades españolas. Una fábrica «Ford» se traslada y se ajusta; no puede trasladarse este silencio afilado en piedra de generaciones y de milenios.

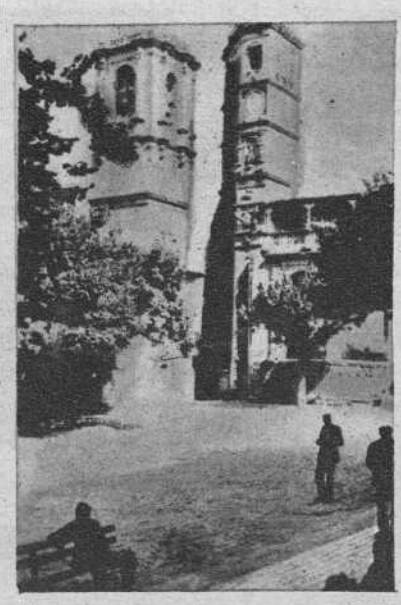
España, esa cosa tierna y enorme que nos aprieta la sangre con la angustia de su amor, se alimenta del aire de estas rancias ciudades en quietud. Toledo, parlanchina por la lengua del Tajo; Avila, dulce; Burgos, gótico y unificador; Gerona, espejeada en el río... Estas ciudades al borde del tiempo, intemporales, cabe los fosos, cinchadas de murallones venerandos de yedras húmedas, son las que equilibran, con sus maravillosos juegos de gravedad, las delicadas balanzas de la cultura y de la Historia.—**RAFAEL MANZANO**



Típico rincón denominado «Subida del rey Martín»

REGIONES de ESPAÑA

Las iglesias románicas de San Nicolás y San Pedro de Galligáns, de Gerona



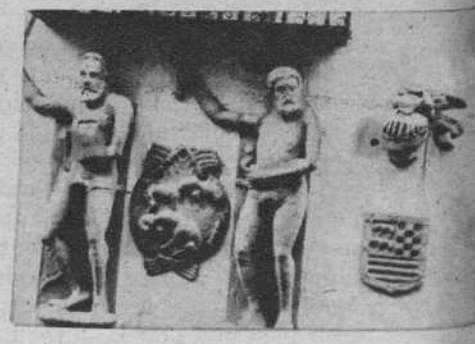
Un ángulo de la plaza del Ayuntamiento y vista de las dos famosas torres

LA HISTORICA Y PIN
SOLAR DEL PRIMER CASTILLO Y C

GOZOSO es llegar, aunque en fugaz visita, a la otrora famosa y hoy olvidada ciudad de Alcaraz, que se asienta al pie de la Sierra de su nombre, nudo del gran plegamiento orográfico ibéricomariánico, dentro del área albacetense confinante con las provincias de Ciudad Real y Jaén, porque trátase de uno de esos burgos donde dijérase aparece como remansado el sustrato de razas y culturas que fué sedimentando el tiempo en su ineluctable discurrir. Lejos como se halla de las principales vías de comunicación, nadie habrá que según se aproxime a su caserío deje de sentirse impresionado por la grandeza austera de su paisaje, a lo cual se sumará, dentro ya de su recinto, la franca admiración producida por el acervo de nobles y preciados recuerdos que atesora. Fácil es, por ende, la augural prefiguración de que lugar como éste, cuyo es tan inédito poder cautivador está llamado a atraer en un propincuo mañana la mayor corriente turística.

Atribúyese la fundación de Alcaraz nada menos que a los reyes Gerión y Brigo, ambos de tiempos mitológicos o legendarios, señalándose al segundo como erector del primer castillo que hubo en España, quien lo hizo figurar en el escudo de la ciudad. Se da como cosa cierta haberse denominado *Urcesa* en la era celtibérica, nombre con que figura en las famosas tablas ptomeicas. Otros nombres que se le dieron, en el decurso secular, fueron los de *Castaón*, cuando el monarca griego Theodomiro; *Alkarrash*, ya en tiempos árabes, y *Alphonsia*, por breve período, reinando Alfonso VIII de Castilla. Sus armas —escudo en el que aparece un castillo entre dos llaves cruzadas con una cadena sobre campo de gules, con el lema *Claves Hispaniae et capus totius Extrematurae*— denotan claramente la importancia que alcanzó en lueñes tiempos, cuando por su privilegiada situación estratégica en una gran prominencia del terreno, y por encontrarse su término en el vértice de las entonces regiones o provincias de Toledo, Murcia, Granada, Jaén y la Mancha, constituía, en verdad, esa *cabeza* a que alude la tal leyenda heráldica.

El caudal de vestigios evocadores y de edificaciones monumentales que Alcaraz contó en los tiempos áureos, se halla amenguado casi hasta la hipérbole. Pero lo que aun queda es tan ejemplar y ofrece poder tal de evocación, que basta al visitante conocedor de la historiografía de la ciudad para encontrar brillantemente testimoniado el que fué su fastuoso esplendor. La importancia castrense y política de Alcaraz, alcanzada ya en el siglo décimotercero, y el papel ejercido a partir de entonces hasta bien entrada la Edad Moderna, cuyos detalles no cabe reseñar aquí, se explican por esas determinantes histórico-geográficas. Fué objeto de gran repoblación tras el triunfo de las Navas, yendo allí, acogidos a los grandes privilegios reales, muchos caballeros integrantes de una veintena de apellidos que serían prez de la nobleza de Castilla. Y en el decurso de las centurias posteriores brillaron como hijos insignes de Alcaraz nombres tan esclarecidos como el del arzobispo Sánchez Artesero, los escritores Padre Sebastián Izquierdo, Padre Jacinto Pareja, Pedro Simón Abril y Juan de Sotomayor; el arquitecto y escultor Pedro de Vandelvira, de vida tan desconocida, pero que



Uno de los escudos señoriales que decoran las fachadas palaciales de Alcaraz

ESPAÑA

El embrujo de SEVILLA

DICEN que Sevilla es como una novia. Tienen razón. Una novia que encanta y seduce, que atrae y fascina. Una novia que cerca emborracha y que lejos se la siente más honda y más firme en el alma, porque no se la olvida.

Hay en ella, como suspiros y canciones en el aire; hay perfumes embriagadores de mujer en las calles; hay piropos zalameros en el volver sugestivo de cada esquina, y hay como un aroma embriagador y nostálgico de todos los amores y las dichas terrenas en el encanto maravilloso de las plazas con tiestos y flores de esta única e incomparable Sevilla.

...el amor que hace dosel y trono a una reja

Parece, y así es, que aquí la vida es otra y distinta. Distinto el lenguaje, que se hace armonía, canción y copla al usarle; distinta la luz con su sol cegador, las costumbres y la manera de vivir y la psicología de las gentes. Distinta la emoción y distinto y diferente el amor y el sentimiento que tiene aquí la exaltación que le da y produce el mágico ambiente.

Por aquí, por estas calles estrechas, sugestivas y perfumadas de Sevilla, paseó su enfática arrogancia zalamera y su donaire y majeza de gran señor don Miguel de Mañara, aquel alocado y amoroso espíritu, andariego por todos los caminos de la emoción, para acabar un día contrito y apesadumbrado, arrepentido de sus locos y terrenales devaneos, en un acto de humildad póstuma y creyente, del que convencido de las miserias y podedumbres de la tierra, ve en el más allá la eterna e inconmovible verdad de todas las verdades...

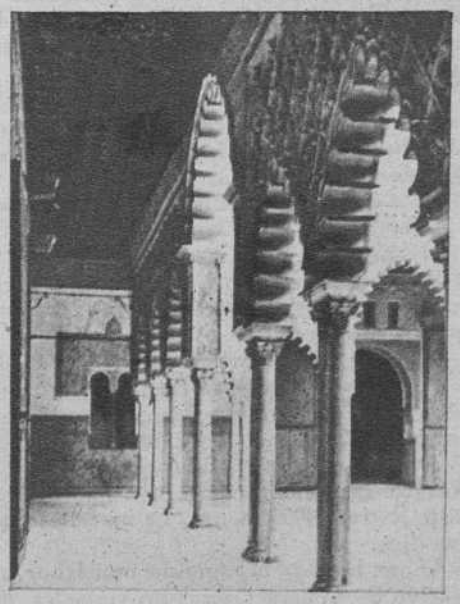
Conociendo a Sevilla se comprende, no obstante, el espíritu y las maneras de aquel don Juan andaluz, trovador en todas las rejas y cancelas y burlador de todas las burlas.

No se puede deambular por el barrio brujo y mago de Santa Cruz sin sentir rejuvenecerse el cuerpo y el espíritu, sin hacerse joven el corazón y el alma por el hechizo de un hondo sentimiento. ¿Dónde está el amor? ¿Dónde están los duendes invisibles de esta sin par Sevilla que hacen nacer el encanto de ese oculto y misterioso sentimiento? ¡Ay! Los duendes de Sevilla, como dijeron los Quintero, están en todas partes. En la callecita estrecha, perfumada y poética; en el susurro cristalino de un surtidor que se divisa en el florido patio tras la cancela; en la risa sugestiva y atrayente de una mujer o en el silencio de una calle desierta y con luna; en el amor que hace dosel y trono a una reja.

... o en el patio de Banderas, en el que cada piedra es una historia

En el silencio majestuoso y solemne de los árabes patios y jardines de El Alcázar o en el patio de Banderas, en el que cada piedra es una historia...

Dijérase que aquí, en este Sevilla tan español y tan castizo, todo tiene música, todo tiene como un fondo de melodía. Albéniz, Granados, Falla y Turina... Y sobre esa música que embruja los sentidos, la prosa galana y pizpireta, alegre y cascabelera, de los inolvidables Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. Porque en sus obras —*La reina mora*, *El patio*, *Las flores*, *Malvaloca* y *Cancionera*...— latía entera Andalucía, que con la ayuda de ellos la conoció íntima y apasionadamente el mundo entero, que la hizo espiritualmente su novia. Ellos fueron los trovadores sentimentales de su tierra, ellos los descubridores de esos duendes encantadores e invisibles que están en todas partes, fundiendo en su hechizo andaluz y gitano ese innegable embrujo sevillano de que nos habla, tan sutil y coloristicamente, el hispanoamericano Carlos Reyles...



En el silencio majestuoso y solemne de los patios y jardines del Alcázar

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Ellos fueron los trovadores sentimentales de su tierra...

BIBLIOTECA GENERAL DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

PINTORESCA ALCARAZ
Y CUNA DE NUESTRA GRAN FILOSOFA.

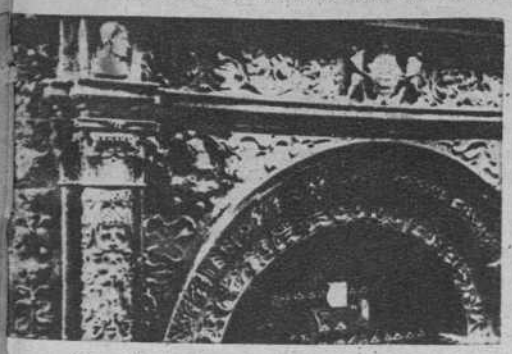
Un poético rincón de Alcaraz, evocador de antañones recuerdos

dejó obras admirables, platerescas y puristas, y fué padre de Andrés, que eclipsaría su fama; el filólogo Pedro Collado, y, sobre todos, una célebre y originalísima figura femenina: la pensadora doña Oliva Sabuco de Nantes Barrera —en la partida bautismal, Luisa Oliva—, cuya obra *Nueva Filosofía de la naturaleza del hombre*, aparecida en 1587, constituyó extraordinario acontecimiento intelectual, habiendo dado lugar, ya en nuestros días, a que haya quien discierna su paternidad al propio progenitor de la tenida por genial filósofa, Miguel Sabuco, cuestión, en fin de cuentas, cuyo esclarecimiento puede decirse continúa *sub judice*, por lo cual debe seguirse exaltando en la gran escritora su espiritualismo, encarnador de filosofía optimista y alentadora que tanto valor recobra en los tiempos que vivimos.

Paralelamente a ese florecimiento cultural constitutivo de tan acusado exponente del saber en la España de la época, el desarrollo material de Alcaraz fué también notable, según proclamaron las industrias allí establecidas, algunas de las cuales, como fundiciones de bronce y telares de tapices y alfombras, alcanzaron el mayor renombre.

Alcaraz contó nada menos que dos castillos en sus cercanías: el por Estrada llamado *fuerte*, en alusión sin duda a que permaneció inexpugnable durante cinco siglos en poder del alarbe, y cuyas ruinas constituyen hoy monumento nacional, y el otro más pequeño, de origen griego —que se cree fué el primero que hubo en España—, conocido con diversos nombres en el decurso del tiempo, entre ellos los de *Diana*, *Atalaya* y *Cortes*, este último dado por las importantes que allí se celebraron en el siglo XII. Sobre el alcor en que irguióse levántase ahora el santuario de esa última denominación, donde se venera la gloriosa imagen de la Virgen Patrona de Alcaraz, celebrándose allí todos los años, en el mes de septiembre, famosa romería. Recientemente ha sufrido devastador incendio.

Dentro del recinto urbano, circundando el cual vense aun restos de las primitivas murallas romanas, llaman la atención sus calles pinas, en las que no es raro advertir pisos superiores en extremo saledizos, ofreciendo, las del centro, muchas casonas o palacios hidalgos profusamente adornados con simbólicos escudos que denotan luengas empresas afortunadas. Descuellan entre esas edificaciones la llamada *Aduana*, de bellísima portada plateresca, que es precisamente donde nació doña Oliva Sabuco, y las *lonjas* del Ayuntamiento, Santo Domingo y la Regatería. Los templos de *San Miguel* y de la *Trinidad* son sumamente interesantes por su notable arquitectura y valiosas preseas escultóricas y de otros órdenes que todavía atesoran, pese a la depredación de que fueron objeto. Pero lo que constituye el detalle más característico de la fisonomía monumental alcaraceña son sus dos torres hermanas, en extremo próximas, aunque de factura disímil, denominadas de la *Trinidad* —por pertenecer a la iglesia anteriormente mencionada— y del *Tardón* o del *Reloj*, ambas del siglo XVI, las cuales, desde bien lejos, atraen la curiosidad del turista que se aproxima a este pueblo admirable.



Detalle de la portada plateresca de «La Aduana», donde nació doña Oliva Sabuco de Nantes

ANGEL DOTOR

Desde los administradores principales de Correos a los carteros y peatones más humildes han colaborado en el "Nuevo Diccionario Geográfico Postal de España". En él se registra hasta el último rincón de nuestro país donde habite una sola persona

Cuando un poeta décimonónico escribió que

La mitad de las cartas que se pierden
se deben «den» perder,

sobre faltar a la Gramática —gracias a la preposición subrayada y ripiosamente inoportuna, que convierte en hipotético y dudoso lo que quiso ser afirmativo y categórico—, faltó también a la verdad; porque la verdad es que, al menos en nuestra tierra, no se pierden más cartas que las que no se escriben, o puesto que se escriban, no se confían a la Posta.

Viene este reparillo a cuento de la inminente aparición —tan inminente que acaso preceda a la de estos renglones— del *Diccionario Geográfico Postal de España*, que desde hace tiempo venía preparando el Negociado de Cartografía adscrito al servicio de Correos. Creemos que la nueva merece ser divulgada. No siempre la curiosidad periodística ha de ponerse al servicio de los ases de la pantalla, los fenómenos del ruedo y los superfenómenos del estadio. Alguna vez había de conceder espacio, por parvo que fuere, a la oscura y abnegada tarea de quienes con ella no persiguen el halago de la vanidad, sino la satisfacción del deber cumplido.

Y con esto volvemos al punto de partida. Quiere decirse al *Diccionario Geográfico Postal*, que está en sazón de salir a luz. Para que nos la dé sobre tan interesante punto, nos hemos avistado con don Enrique Castillo, jefe del Negociado que ya se citó arriba. Fuera de esta actividad oficial, ejerce el señor Castillo otra que le ha ganado una popularidad que tenemos por la más envidiable: la que confieren los niños a quien acierta a divertirlos e ilusionarlos; misión que nuestro amigo cumple cabalmente, así en sus deliciosos cuentos infantiles como con su teatro «Pinocho».

Pero no divaguemos. Hoy tenemos que hablar de algo más serio, si es que hay algo más serio que alegrar la vida de los chicos. Tenemos que hablar del consabido *Diccionario*, siquiera antes hayamos de decir alguna cosa en torno al Negociado de Cartografía.

—De Cartografía y Plástica —completa el señor Castillo apenas planteamos el tema.

—¿Es muy antiguo? —inquirimos.

—Bastante. Ya existía cuando la Central de Correos estaba en la calle de Carretas. Sólo que entonces —el Negociado, naturalmente— se llamaba de Planos y Autografía.

—Y ¿cuál es la misión peculiar de esta dependencia?

—Por lo que hace a la Cartografía, procurar la documentación geográfica de consulta para dar curso a la correspondencia; y en lo que atañe a la Plástica, realizar las manifestaciones artísticas que surjan en el servicio postal: carteles, emblemas, figurines para uniformes...

Nuestro interlocutor hace una pausa, llama a un funcionario y le pide algo que éste le trae al momento. Es un folleto que don Enrique nos alarga al tiempo que dice:

—Ahora hemos emprendido una labor que estimamos sobremanera útil: la confección de nomenclátores provinciales, que comprenden los servicios postales de conducciones, exclusivas —carteros, peatones, etc.—, y después, por orden alfabético, un índice de las entidades de población.

Confesamos que nunca habíamos oído este término. Y así, no menos curiosos que Pico de la Mirandola por saberlo todo, interrogamos:

—¿Entidad de población?

El señor Castillo, compadecido de nuestra ignorancia, nos ilustra.

—Para nosotros, entidad de población es todo lugar español habitado, así fuere por una sola persona, ya que ésta tiene perfecto derecho a recibir, dondequiera que resida, su correspondencia. De suerte que en estos nomenclátores se incluyen no sólo las capitales, ciudades, villas, pueblos y aldeas, sino granjas, campamentos, fábricas, hosterías, mesones, ventas, paradores, ermitas, pajares, y así sucesivamente, hasta llegar al último rincón de España en donde, como ya dije, aliente un solo ciudadano, por humilde y desconocido que sea. (He aquí —pensamos— una maravillosa lección de democracia práctica.)

—Adjunto a cada nomenclátor —continúa nuestro amable informador— va el mapa de la correspondiente provincia; en él figuran no sólo los servicios oficiales, pero también aquellos que prestan los particulares que salen al paso de aquél. Vea usted una ficha.

El señor Castillo nos entrega una que pertenece a la casilla de Arroyo de Arenas. Es, en efecto, una casilla de ferrocarril, depende de la Estafeta de Collado Villalba y se sirve recogiendo particularmente la correspondencia en la cartería del citado pueblo. Y cuenta que en este concepto de correspondencia, no sólo entra la epistolar, sino también la prensa, para lo cual existe una caja, que va asimismo especificada en la ficha, y que en este caso va señalada con la signatura A. 7.

—¿Cómo se provee de personal este Negociado?

—Entre funcionarios del Cuerpo de Correos, naturalmente. Pero entre nosotros hay de todo: escritores, como José Francés, Muñoz Román, César A. Comet, Sánchez Neira y tantos otros; músicos, periodistas y también dibujantes. Pues bien; precisamente entre éstos se elige mediante concurso nuestra plantilla.

—¿Quiénes la forman actualmente con usted?

—Don José María Sebastiá, don Angel Pérez Palacios, don Antonio Villarroya y el señor Benedí, todos ellos excelentes artistas y competentes cartógrafos, y como auxiliares, eficacísimas, por cierto, las señoritas Rosalía Sánchez e Isabel Molinelli.

—Vamos ya con el *Diccionario Geográfico Postal*, si a usted le parece.

—Aquí tiene usted el primer tomo —nos dice el señor Castillo mostrándonos un *in-kuarto* bellamente encuadernado, y cuyas páginas suman exactamente 1.348.

Hojeamos el volumen, y advertimos con verdadero asombro la escrupulosa minuciosidad de este trabajo de benedictinos. En él se registra hasta el más insignificante palmo de tierra española donde habite un solo ser humano. Véanse estos botones de muestra: *Colmenar de Andrés*, *Colmenar de Juaniche*, *Casilla del Polvorista*, *Casilla del tío Fermín*, *Casilla de Cenaoscuras* (con esto de las restricciones va a ser difícil identificarla), *Cortijo de Eugenio*, *Cortijo de Eladio*... Y así hasta lo infinito.

—Pero esta labor, ¿la han hecho ustedes solos? —interrogamos con gesto de pasmo.

—Hombre, no. Nuestros colaboradores han sido desde los administradores principales hasta los carteros y peatones más humildes. A todos hemos acudido en solicitud de los datos que pudieran procurarnos, y todos, absolutamente todos, han respondido, con prontitud y escrupulosidad ejemplares, al requerimiento.

Y cuando hablábamos de los nomenclátores, el jefe del Negociado de Cartografía nos enseña una ficha de las que se han utilizado para la redacción del Diccionario. Dice así: «Entidad: Buenavista. Casa de labor. Provincia: Badajoz. Ayuntamiento: Alconchel. Estafeta: Alconchel. Enlace postal: Estación de Badajoz y Estafeta de Alconchel, donde recoge y entrega particularmente.»

—Más de 150.000 papeletas como ésta hemos hecho. Ese sí ha sido trabajo exclusivamente nuestro y, sobre todo, de estas señoritas—añade don Enrique indicando a las ya mencionadas, que cerca de él trabajan.

—¿Cuándo se inició la idea del Diccionario?

—Algunos años antes de nuestra guerra civil. Empezamos como quien no quiere la cosa y aquí tiene usted ahora: un tomo ya impreso y las últimas *capillas* del otro.

—¿Tiene algunos precursores este trabajo?

—Desde luego. El más ilustre del «Itinerario Real de Postas de dentro y fuera del Reyno», publicado en 1781 por orden del famoso ministro de Carlos III don Pedro Rodríguez Campomanes. Lo encabeza un bellísimo grabado que se reproduce en la contraportada de nuestra publicación.

(Es, en efecto, una maravillosa muestra de nuestras artes gráficas setecentistas, como podrá juzgar el lector por la fotografía que aquí le ofrecemos.)

—En 1855 —continúa nuestro interlocutor—, y bajo la dirección de don Andrés González Ponce, se publicó un Diccionario Postal conocido entre los profesionales por «el Ponce» y muy útil en su tiempo. De él se hizo una segunda edición, corregida y aumentada, como es lógico, en 1878, siendo director general de Correos don Gregorio Cruzada Villaamil. Y ya que hablamos de directores generales, puede usted decir que cuando comenzó la impresión de nuestra obra, lo era don Enrique Gazapo, y al terminarse, esto es, actualmente, lo es don Luis Rodríguez Miguel. Ambos, así como el secretario general, don Manuel González y el jefe principal don Domingo Ismer, han patrocinado y fomentado con singular entusiasmo esta empresa.

—El Diccionario, ¿se pondrá a la venta?

—No, señor. Está destinado únicamente al servicio. Se repartirá, pues, entre las oficinas afectas a él.

Queremos ahora satisfacer una curiosidad, pueril si se quiere, pero que a nadie perjudica: ver cuál es la primera entidad de población y cuál la última que figuran en este monumental catálogo de la Posta española. He aquí los respectivos nombres y circunstancias: «*Aba*, Lugar. Provincia de La Coruña. Ayuntamiento de Oleiros; *Zuzones*, Barrio. Provincia de Burgos, Ayuntamiento de La Vid.»

Con lo que hemos llegado a la última página del flamante Diccionario *Geográfico Postal de España* y a la postrera línea de esta información.

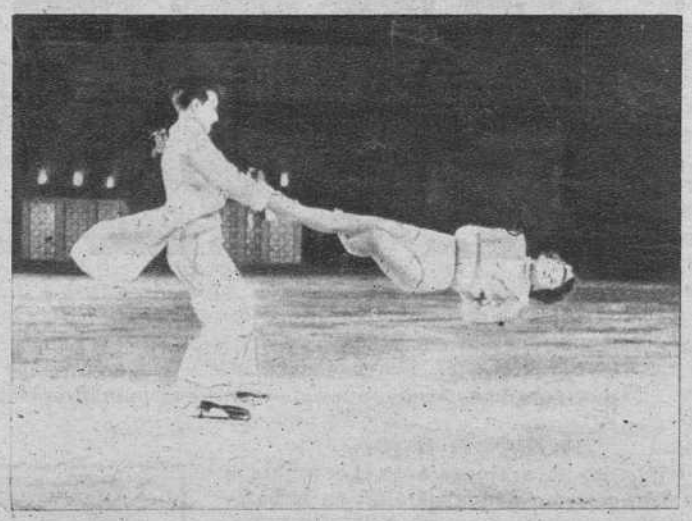
FERMIN DE IRUÑA

Vienesas QUE BAILAN SOBRE el HIELO

Un grupo de célebres vienesas sobre el hielo

Christa Bárbara, la encantadora primera bailarina, en un ejercicio típico

Con el traje regional, las vienesas cantan sobre el hielo y danzan con increíble armonía



Los hermanos Duxa, famosos bailarines acrobáticos

El profesor Carlos Schäfer da a sus muchachas las instrucciones para la danza

En Viena florece la rosa blanca de la nieve. Y las muchachas en flor aprovechan su plenitud para las danzas más bellas. En Viena, sobre la nieve, se canta y se baila con el amor en los labios. Y es el vals y la canción las que logran la más completa armonía enredados en blancos copos, sobre las pistas de cristal transparente.

La niñez, en Viena, tiene un sentido del ritmo especialísimo. La juventud se educa en estas pistas —unas veces naturales, otras preparadas a estos efectos —en la gimnasia y en la danza. Entre todos los profesores de este ritmo, el más célebre actualmente es Carlos Schäfer. Este da a sus muchachas las instrucciones para bordar sobre las níveas capas de la pista esa danza del primor y equilibrio que constituyen números de atrayente gracia y desenvoltura.

Desde jóvenes, pues, se inicia la afición. Primero son las caídas; después, el sostenerse con alguna libertad de movimientos; más tarde, el logro perfecto de la expresión rítmica y acrobática. Carlos Schäfer ha logrado, con su admirable sentido de la disciplina, un bello conjunto de muchachas que bailan a los acordes de rubios violines. Cuando el rumor de las bellas y hermosas fuentes de Viena enmudece porque el curso de su cristal se ha hecho hilo permanente de quietud merced a la capa de hielo, los violines y las flautas conservan la armonía impulsados por el calor de los maestros. Y bajo esos ritmos resplandece el invierno, y logra su canción de primavera anticipada en el ardiente latir de corazones juveniles.

Hay una pareja célebre en Viena actualmente: los hermanos Duxa. Son bailarines acrobáticos, que han logrado números sensacionales. Los hermanos Duxa visten de blanco, y parecen sobre la nieve mariposas de estío. Juegan con increíble arrojo sobre el blanco cristal, y en las noches de invierno, bajo focos eléctricos, hacen relucir sus sonrisas en plácida y arriesgada porfía con las estrellas. Componen el mundo blanco y negro, anverso y reverso de todas las armonías terrestres y celestes.

También la bella Christa Barbara, encantadora y feliz, pátina y pirotea, y hace el célebre baile *Rosa del Sur*, como nostálgica flor de amores dulcemente tropicale... La bella Christa viste para sus danzas casi siempre el traje regional. Quiere conservar el sabor de la tierra, y muestra el encanto de sus primorosas expresiones artísticas, floreciendo entre el cristal y los copos, que semejan un infinito de promesas en los enigmáticos reflejos de sus profundidades.

En estos días también nieva en Madrid. El cronista, que vió en Viena esta armonía sobre la nieve, se ha echado a la calle para recordar los buenos tiempos de mundo blanco y negro. De pronto, ha visto unas muchachas que corren sobre la nieve inclemente. Ha echado a correr para seguirlas.

Pero un ligero resbalón le ha hecho colocar las posaderas en el suelo. Y más allá, una señora que se levanta, y al otro lado un señor que se ha dado de bruces sobre el cristal. Esta no es precisamente la armonía. Y con suspiro nostálgico —¡ay, Viena!—, el cronista se ha refugiado en su lecho para soñar...

MANUEL CISNEROS

«EL CUARTO MANDAMIENTO» (Gran Vía)

Ambiente: El de drama americano principios de siglo.

Argumento: La familia Anderson, de noble prosapia, tiene un hijo dotado de un gran orgullo y algo agresivo con respecto a la opinión o labores de los demás. Convertido en hombre, pierde a su padre y conoce a la hija de un antiguo adorador de su madre, de la cual se enamora; pero ve con antipatía el renaciente amor entre su propia madre y el progenitor de su amada. Logra interponerse a los deseos de ambos de buscar la felicidad gracias al cariño de su madre por él; pero ve a ésta consumirse hasta morir. Arruinado, busca una solución a su vida; pero un accidente feliz le hace encontrar de nuevo a la perdida amada y el perdón del padre de ésta.

Dirección: Orson Welles, maravillosa, aunque algo lenta, sobre todo en la segunda mitad de la película, en la que el afán de apurar el dramatismo produce cansancio. Cámara, colosal, con innovaciones de métodos geniales.

Interpretación: Joseph Cotten, Dolores Costello y Anne Baxter, así como el resto del reparto, perfectísimos en sus papeles, de un realismo impresionante casi siempre.

*** No cabe duda que esta película forma parte de esa cinematografía artística, bella y sorprendentemente natural, cuyas escenas son otros tantos cuadros de vida humana honda y conmovedora en situaciones patéticas, en la que los seres que en ellas alientan dejan de ser ficciones de un academicismo cinematográfico que no nos ha ofrecido, con escasas excepciones, más que unos muñecos de trapo bien para la risa o la truculencia. Abandonamos la senda de lo irreal que ideaba nuestra imaginación como los personajes simpáticos y buenos que nunca mueren y siempre se casan a nuestro gusto, para introducirnos en la verdad, que es alegría y dolor, amor y desengaño. Aunque lo que sucede es que esto no nos gusta tanto como lo otro que nos presenta el cuadro risueño que es ensueño o delirio, y que sabemos que no ocurre casi siempre.**

Por ello hay aún mucho público, «selecto público», al que esta clase de películas aburren; pero sólo es una secuencia de los tiempos trágicos que vivimos, que requieren la carcajada ante el bombardeo y la risa, como dique al sensacionalismo estremecedor de los ejércitos en la batalla. Ya pasará, y entonces preferiremos esto, que es mejor, más bello y más humano. Y ustedes perdonen al tipo de la gaita.

Con motivo del éxito del estreno de «Inés de Castro», un grupo de amigos se ha reunido alrededor de Manuel García Viñolas para testimoniarle su amistad y su alegría por el merecido triunfo. Al final hablaron Eugenio Montes, Manuel Machado, Adriano del Valle y Edgar Neville. Manuel García Viñolas terminó haciendo un elogio y un panorama de la cinematografía nacional

«¡HIJO MIO!» (Capitol)

Ambiente: Barrios bajos y gente acomodada de Londres a finales del siglo pasado.

Argumento: Un pobre escritor logra salir a fuerza de trabajo y buenas novelas de la oscuridad y la pobreza. Se casa, tiene un hijo, y en él cifra todos sus anhelos, deseando para su vástago todo lo que la vida sólo pudo darle a él en su edad madura. El padre, demasiado padrazo, sin ver las torcidas inclinaciones del hijo, mima tanto a éste que perjudica su educación, y, ya hombre, da muestras de su villanía al querer incluso, sin interés amoroso por su parte, deshacer la felicidad de su padre, que la cifra en casarse con una bella pintora, y cometiendo otras tropelías con la mayor falsedad. Al fin el padre abre los ojos y encuentra que la obra de toda su vida es una ruindad humana, que, finalmente, y en momento supremo, cuando la muerte le ronda en la batalla, pide perdón a su generoso padre, y, muriendo poco después en un combate, deja a éste al menos el buen sabor del arrepentimiento de su hijo querido y su comportamiento heroico.

Dirección: Charles Vidor, magnífica. Cámara, perfecta.

Interpretación: Brian Aherne, genial en una labor compleja y difícil, que cumple con una perfección pocas veces igualada en cuanto a expresión. Madeleine Carroll, Louis Hayward y Laraine Day, excelentes, sobre todo el primero, que tiene escenas a su cargo acertadísimas.

*** Una excelente película y aun algo más. Sigue el camino de la que comentamos anteriormente, y que con «Sinfonía de la Vida», «La diligencia» y «¡Qué verde era mi valle!», forman un quinteto de cintas que muestran que el cine americano e inglés llegan a metas maravillosas en el retrato humano de la expresión y la autenticidad de vida. Película, pues, magnífica, que constituye una verdadera obra de arte.**

«EL HOTEL DE LOS LIOS» (Palacio de la Música)

Ambiente: Comedia moderna americana.

Argumento: El empresario de una compañía teatral vive con ésta en un hotel sin pagar gracias al favor del gerente, cuñado del empresario. Interviene para acabar con esta situación un miembro del Consejo de Administración, que sólo logra que le vuelvan medio loco a fuerza de trucos y engaños para evitar la horrible perspectiva de dormir al sereno.

Finalmente, la compañía logra representar la obra que necesita, obtiene un éxito y el consejero del hotel recibe nuevos sustos con la aparición de personas a quienes creía muertas.

Dirección: William A. Seiter, mediana, tirando a mal. Cámara, bien.

Interpretación: Los hermanos Marx, con menos gracia que en otras películas, los encontramos un poco repetidos en sus gestos.

*** Es ésta una cinta muy mediana, de escasa calidad humorística aun en sus trucos. El diálogo, tan disparatado como siempre, pero acusando un descenso y abuso del tópico gracioso que hace de la película una insulsa creación comparada con aquella famosa «Una noche en la Opera», que es, a mi juicio, la única creación buena de estos caballeros vista en España.**

«LA HORA FATAL» (Callao)

Ambiente: El consabido policíaco.

Argumento: Un crimen cometido en la persona de un policía pone en movimiento a sus compañeros, que, tras de las alternativas de rigor, cogen al malo, lo electrocutan, lo convierten en salchichas y se lo meriendan con tintorro. No está mal, ¿eh?

Dirección: William Meigh lo hace como sabe y puede; es decir, tan vulgarmente como de costumbre.

Interpretación: Boris Karloff, que últimamente empezaba a producirnos cosquillas en la silla turca del esfenoides con sus disfraces de limpiabotas, se mete a buena ahora, y la verdad, nos sigue produciendo la misma sensación, pero ahora en la apófisis mastoides, aunque él no sabe nada de ello. Los demás, al unísono.

*** Si no estuviéramos hasta el occipucio de estas detectivescas aventuras de policías y ladrones, a la cual de niños hemos jugado, diríamos: Caballeros, ¿hasta cuándo? Porque preferimos que nos proyecten películas de una cierta sensatez, y ese género no nos pertenece; es de factura extranjera, pero además de la mala. Dios la conserve en clima propicio.**

SALINAS

TEATROS

Resumen teatral

EL primer estreno de la semana fué el de la comedia titulada "La señorita del mirador", en el María Guerrero, en función única dedicada a la Casa del Actor. Comedia de suave tono lírico, con atinadas referencias al ambiente romántico de fin de siglo, acredita a su autor, Agustín de Figueroa, de dramaturgo excelente. Bien puesta en escena e interpretada con acierto por la compañía de María Victoria Durá, gustó a la numerosa concurrencia que asistió al espectáculo, y así lo demostró con grandes aplausos para el autor e intérpretes, y para María Victoria Durá y Guillermo Marín, que cerraron el acto con un interesante recital de poesías.

Lara nos ofreció "Champán", obra de José Juan Cadenas, según argumento de "La piccola Tallien", del autor italiano José Adami. La versión, o mejor dicho, la interpretación española de este gracioso vodevil, está realizada con el acierto que siempre caracteriza a José Juan Cadenas en estas empresas de traer a nuestra escena la producción más característica del teatro extranjero contemporáneo. "Champán", sin perder el alegre desenfado del mundo de frívola bagatela en que se desarrolla, ofrece un gran decoro expositivo que se traduce en lo contenido de ciertas situaciones, singularmente las del segundo acto —presentado, por cierto, con la gracia de una fina estampa de la época—, y en la limpieza y agilidad del diálogo, ameno y suelto, ocurrente y amable. El segundo acto descuella por su animación, los graciosos trances de los personajes y el ambiente, sugestivamente evocador, en que se desarrolla, de tal manera, que rebaja, aun siendo excelente, el tono de los otros dos. De todos modos, la comedia es amable y grata y obtuvo un éxito rotundo. Contribuyó a ello en buena parte la cuidada y bella presentación, con finos decorados de Burmann y graciosos figurines de Dhoy, y la interpretación de que fué objeto, singularmente por lo que se refiere a Milagros Leal, que hizo una verdadera creación en el papel principal, lleno de difíciles complejidades, y al que dió un delicioso perfil lleno de gracia y emoción. El público aplaudió, durante la representación y al final de cada acto, los aciertos de la comedia y de sus intérpretes.

José María Pemán

Y en el Calderón, José María Pemán nos dió su comedia "Hablar por hablar". Un hondo problema moral es la tesis que anima toda la obra. Pero el autor, seducido por la definición y pintura del ambiente moderno en que la sitúa, concede al tema fundamental quizá menos lugar del que requería, por lo que se diluye y oculta a veces entre los destellos, realmente magníficos, de los episodios que van sucediéndose en la escena. Tal vez sea éste propósito y no descuido, porque Pemán ha querido construir una comedia de corte frívolo, ligero, amable y despreocupado como el mundo en que sus personajes actúan. Desde este punto de vista la obra es un primor de construcción, de gracia, de aguda y cortante intención a veces. ¡Gran lección de crítica social, oportuna y conveniente! No hay que recalcar, pues que de Pemán se trata, que los tipos están dibujados con absoluta realidad y que el diálogo que anima la acción es de un tono delicioso, de belleza de expresión, claridad de conceptos y elevación de tono. La obra, suprimidos ciertos momentos que la recargaban demasiado la noche de su estreno, ha quedado, a nuestro juicio, como una de las mejores producciones del autor. María Fernanda Ladrón de Guevara crea un tipo de manera insuperable. El gesto, el tono, el matiz, la gracia, juegan en ella con una habilidad y un talento de gran actriz. Porcel, Rosita Lacasa, Adela Carbone, Cecilia Gordón, Adrián Ortega, y todos, en fin, completaron la admirable interpretación. Notables los decorados de Domingo Mena, y muy cuidados todos los detalles. El público sancionó la comedia con grandes aplausos en mutis y finales de acto.

Enrique Borrás

Destacada nota de la semana ha sido el homenaje tributado al gran actor Enrique Borrás en el Fontalba. El público abarrotó la sala e hizo al insigne artista objeto de constantes y calurosas muestras de su simpatía. Tras la representación, irreprochable, de "El gran galeoto", en la que Enrique Borrás y Rafael Rivelles dieron una lección del mejor estilo, don Eduardo Marquina, con su proverbial elocuencia, exaltó los méritos del festejado y expuso las muchas razones por las que era acreedor a la Cruz de Alfonso el Sabio, que el ministro de Educación, señor Ibáñez Martín, impuso seguidamente a Borrás entre las aclamaciones del público, que, puesto en pie, presenció la imposición.

También en el Alcázar, y con ocasión de su despedida, la ilustre actriz Lola Membrives fué objeto de un cariñoso testimonio de simpatía el jueves último. Por tarde y noche se representó la graciosa comedia quinteriana "Ventolera", genial creación de la gran actriz. En la sesión de la tarde, el notable actor argentino Ochoa ofreció un brillante fin de fiesta, y por la noche Lola Membrives representó, con la maestría acostumbrada, el segundo acto de "La Malquerida", siendo aclamada calurosamente por el público, que llenó el teatro en ambas sesiones.

Del Cómico se despidió Juanita Valderrama con su compañía, para dar paso a la del graciosísimo Mariano Azaña, que puso en escena la divertida comedia de Muñoz Seca y Pérez Fernández "Los extremeños se tocan".

Al Cinco de Price, con el número 63 de "Charivari", volvió Mandfo Bel y sus muchachos, y la gentil "vedette" Trudi Bora, con extraordinario éxito. Números atrayentes, divertidos y de gran efecto cincense completan este nuevo programa.

El teatro Madrid, en su serie de reposiciones, nos dió una admirable versión de "La Mascota", que el público acogió con complacidos aplausos.

Y, finalmente, Martín celebró las 500 representaciones de "Cinco minutos nada menos" con una fiesta llena de animación, en la que intervinieron, después de la representación de la obra, con las principales partes de la Compañía, varios prestigiosos artistas.

R. DE LOS REYES

PRESENTACION, EN LA ZARZUELA, DE LA COMPAÑIA INTERNACIONAL DEL SCALA DE BERLIN

Eduard Duisberg, el gran director internacional, ha presentado en la Zarzuela un espectáculo fastuoso, con artistas notabilísimos, que el público recibió con enormes ovaciones.

En la larga relación de artistas que nutren este alegre espectáculo figuran Miriam Klieckova y Gustavo Re, ya conocidos del público madrileño y cada vez más graciosos y originales; su parodia, con José Aspas, del cine primitivo, es un acierto completo de comicidad. La danzarina Irina Kosmovska, las cantantes Liesel Stranzinger y Carmen Izquierdo, el imitador de voces Fernando Lieder, el formidable equilibrista Unus y, sobre todo, ese malabarista sensacional, nuevo en España, Bela Kremo, constituyen el principal núcleo del espectáculo. Junto a ellos hay otros artistas también meritísimos y un conjunto de "girls" lleno de belleza y armonía.

Lujosa la presentación, dinámico y deslumbrante todo el espectáculo, ya hemos dicho el rotundo y merecido éxito que tuvo.

(Caricaturas de U S A).

CONTRA LOS
SABAÑONES
use ANTIGEL
VENTA EN FARMACIAS 2 PTAS. FRASCO — C.S.nº114
Laboratorios Lape - Pelayo 56 Barna.

TOS BRONQUITIS CATARRO JARABE FAMEL

CHACHARA

● *Iniciamos hoy esta sección con el cordial testimonio de nuestro afecto entrañable al gran periodista y fraternal camarada Manuel Fernández Cuesta, director del popularísimo cotidiano "Marca", con ocasión del fervoroso homenaje de gratitud y admiración que las más relevantes figuras del teatro, los toros y el deporte le tributaron el lunes último para conmemorar el aniversario de la aparición de "Escenario", página teatral del magnífico diario de su dirección, y que constituye un acierto más de los muchos que jalonan el brillante historial periodístico del camarada Fernández Cuesta.*

● *Emilio Morales de Acevedo, hombre de letras, cordial amigo, periodista ágil y sagaz crítico, ha leído a un grupo de amigos selectos su nueva obra teatral "Dos hombres con barba", cuyo estreno es ya casi cierto en el teatro María Guerrero.*

● *Juan Ignacio Luca de Tena, autor de "La escala rota", que con tanto éxito se representa en el teatro Reina Victoria, interpretará hoy el principal papel masculino de su magnífica obra en la función semanal que el Sindicato del Espectáculo celebra para engrosar los fondos que destina a sus Obras Asistenciales.*

● *Asunción Montijano y Vicente Soler, que se encuentran actuando brillantemente en el teatro Principal de Palma de Mallorca, tributaron recientemente un homenaje a la memoria de los hermanos Quintero, estrenando la comedia dramática "La Venta de los Gatos".*

● *La compañía lírica del maestro Guerrero actuará en el teatro Calderón a partir del 2 de mayo próximo.*

● *Marcos Redondo ha estrenado en el Arriaga, de Bilbao, la nueva zarzuela del maestro Díaz Giles "El cantante enmascarado", que gustó mucho.*

● *Y en Ciudad Real ha sido dada a conocer la celebrada zarzuela de Rafael Fernández Shaw y el maestro Guerrero "Tiene razón don Sebastián", que proporcionó un gran triunfo a Pepita Embil y Antonio Medio.*

● *Lola Membrives actuará en el Calderón desde el Sábado de Gloria hasta fines de abril.*

● *En el Ruzafa, de Valencia, se presentarán muy pronto Lola Flores y Manolo Caracol, con el mismo sugestivo espectáculo que tantos éxitos está proporcionando en todas las localidades donde actúan.*

● *Estrellita Castro, que por cierto ha anunciado su retirada del teatro cuando termine el año actual, reaparecerá en la Zarzuela el Sábado de Gloria, y más tarde, en septiembre, realizará otra actuación en Fontalba.*

● *Juanita Reina y su espectáculo "Solera de España" han gustado mucho en Zaragoza, donde se han presentado últimamente.*

● *El mes próximo estrenará Casimiro Ortas, en Zaragoza, la comedia cómica de Joaquín Vela y Enrique Sierra "El pan de mis hijos", obra de la que el popularísimo y gracioso actor habla con gran entusiasmo, no sólo porque "presiente" un éxito decisivo, sino porque se ajusta "como un guante" a sus aptitudes y a las de su compañía.*

● *El Cine Gran Vía, como ya anunciamos hace algún tiempo, será dedicado, probablemente, a espectáculos teatrales en plazo no muy lejano. A tal efecto, Enrique Patuel y Adrián Izquierdo celebran frecuentes conversaciones que, según nuestras noticias, van por muy buen camino.*

ROLDOS S.A.

AFEITESE
CON
CREMA-EXPRES
SIN AGUA, BROCHA, NI ESPUMA

LABORATORIOS CARASA-RENTERIA

PARA ADELGAZAR
SABELIN
tratamiento de la obesidad. Composición a base de hierbas medicinales. Preparado en los Laboratorios Sakalarg. Farmacéutico Director: Dr. Francisco Pujol, de Barcelona. Precio, pesetas 2,05 en farmacias y centros de específicos
Consultar con el médico
(Censura Sanitaria 1.149)

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

TOS . CATARRO . BRONQUITIS

Solución Pautauberge
CENSURA SANITARIA nº 1228

BIORÈNE
Revivirá sus cabellos

Es un PRODUCTO CEBYP **EUGENE**

DISTRIBUIDO POR *Joaquín Barber* — RAMBLA DE CATALUÑA, 94 · TELÉF. 82902 · BARCELONA

Aprenda a coser en su casa!!

por el extraordinario método CCC por correspondencia. Tanto si desea establecerse como modista, obteniendo con ello saneados ingresos como si aspira solamente a aprender lo preciso para las necesidades de su hogar, ningún procedimiento tan rápido, cómodo y económico le permitirá conseguirlo como nuestro

CURSO DE CORTE Y CONFECCION
de necesidad imprescindible para toda mujer. Cortar cualquier clase de prendas es un juego después de nuestras lecciones...!

PIDA HOY MISMO NUESTRO MAGNIFICO FOLLETO ILUSTRADO, GRATIS Y SIN COMPROMISO ALGUNO

ACADEMIA CCC APARTADO 108 SAN SEBASTIAN
Millares de alumnas CCC han mejorado considerablemente su situación gracias a los estudios que realizaron en este Centro modelo de enseñanza. Pídanos la lista de las últimas diplomadas... y pregúnteles por CCC, la Academia que

¡¡ DA SIEMPRE MAS DE LO QUE PROMETE !!

las enfermedades de la
PROSTATA y urinarias
Frecuentes deseos de orinar, micciones dolorosas, retención de la orina, atrofia completa, puede combatirse con el LIDACRÓN. El tratamiento es sencillo, notándose una inmediata mejoría. Venta en Farmacias. Laboratorio L.I.D.A.T. Consejo de Ciento, 280 Barcelona.

Consulte con su médico
(Aprob. Censura Central Sanitaria nº 3248)

Lidacron

MECANICA
Consultas, cursos, lecciones por correspondencia. Pida usted prospecto gratis a
TECNOPOST, Lauria, 98, Barcelona.

Aprenda a **Bailar**
SIN MAESTRO
Cinco Lecciones GRATIS
ENVIANDO 6 sellos de 0'40
APARTADO 5093 · BARCELONA
CORRIDO VALS FOX TANGO

RELOJES SUIZOS 10 AÑOS GARANTIA
CRONOMETROS-DEPORTIVOS
CALENDARIOS
ENVIAMOS POR CORREO HASTA SU DOMICILIO-FACULTAD DE VOLUCION
PIDA CATALOGO GRATIS
FABRICAS SUIZAS REUNIDAS HERNANI (GUIPUZCOA)

Un cutis maravilloso...

fuerte, que resista como ninguno el aire y el frío, puede usted lograrlo facilmente usando **NIEVINA**, la crema a la Biocerita, la más eficaz de todas las cremas.

NIEVINA no es una crema de lujo, es una crema de uso.

NIEVINA
TUBO pequeño, 1'00 - Mediano, 2'00 - Grande, 3'00 - (Impuestos incluidos)

¡Peluquerías de Señoras...!

Se os presenta la oportunidad de reformar totalmente vuestro salón antiguo con una moderna instalación completa a base del nuevo modelo de sillón TRIUMPH.

Facilidades de pago sin recargo en los precios.

No dejéis de adquirir el legítimo secador de mano ORIGINAL FOEN a precio reducido

SOLICITAR FOLLETOS GRATIS A

INSTALACIONES TRIUMPH

Notariado, 3, 5 y 7. — BARCELONA
Avda. José Antonio, 15 entlo. MADRID

SARNICAL
Contra la SARNA · De olor agradable
Linimento MASAGIL
Adoptado por la Escuela Española de Masajes
ACEITE BRUJO
Destruye los parásitos c. s. 6854

GRATIS
Se le confeccionará y remitirá por correo bonita sortija propaganda, de plata, forma sello, con foto esmalte. Envíe fotografía y medida del dedo (una tira de papel o un hilo) a Estudio Madrid. Apartado 10.043. Madrid

EXIJA EN TODAS PARTES
KOMOL
TINTURA PARA EL CABELLO
19 MATICES NATURALES
LABORATORIOS CARASA - RENTERIA

Primavera imposible

Cuento por MANUEL PRADOS Y LOPEZ

Toda la ciencia de la vida estriba en un sencillo equilibrio de oportunidad: en no ganarle ni cederle un minuto a los acontecimientos, las adversidades o los goces. Los tiempos de la vida son avaros de su peculiaridad, inexorables en sus privativas exigencias. La juventud tiene un margen para los excesos que no posee la madurez. En cambio, ésta ofrece al hombre perspectivas inopinadas y una objetividad y una intensidad extrañas a las otras edades. Y la vejez reserva al hombre, como un milagro o una sorpresa, la inefable serenidad de una comprensión que ha superado a las pasiones.

Don Eliseo de la Cruz fué siempre un hombre bien avenido con el tiempo, pero acaso demasiado ahorrador de alegrías, receloso del ímpetu de sus años, sano —eso sí— de cuerpo y de espíritu: ingenuo, inteligente, laborioso y humilde.

Huérfano de padre a los cinco años y de madre —orfandad definitiva— a los dieciocho, antes de granar los impulsos de su mocedad discreta en ambiente religioso de santa inquietud y luces de esperanza, Eliseo se halló al amparo frío de su única hermana, viuda y prematuramente achacosa; esto es, sin auras gaudomaternales, sin estímulo para el deseo de hogar que no prospera en el hombre sino mediante un exceso de optimismo y una cierta capacidad de sacrificio, dotes de la juvenilia y acaso también del instinto.

Eliseo fué «don Eliseo» a los veinticinco años. Contertulio de viejos catedráticos y jefes de Administración, funcionario fiel de Hacienda con ambición de triunfos administrativos, hombre de efusiones íntimas, atento a las promesas del más allá, tímido en las empresas humanas y parco en las ilusiones del mundo, no mereció, sin embargo, fama de misántropo, ni aun de misógino. La clara simpatía redundada de su bondad era como una luz en su torno y un signo grato sobre su frente. En las oficinas, en el Casino, en todas partes, don Eliseo gozaba de un antiguo prestigio de integridad, de un respeto unánime, de una adhesión calurosa, acariciadora. Don Eliseo se creía cándidamente sobre tal prestigio, mejorando sus prendas morales, melificando conscientemente su carácter, ya bonancible, y buscando la perfección por rutas de entendimiento y transigencia, con un nuevo sentido ecléctico de la mística depuradora y salvadora.

El buen De la Cruz, sin grandes preocupaciones, sin sobresaltos y sin excesos, al filo de la cuarentena, razonó la conveniencia de matrimoniar, entreviendo un futuro de soledad y desamparo. Pero, como en el pleito casamentero debe mandar siempre el instinto, y don Eliseo lo tramitaba por vías de reflexión, se enredaba la madeja de las cavilaciones entre las flores ásperas del deseo que crecen sin voluntad del «señor del campo», ni rastro de sembradura.

Y el «señor del campo» de nuestra historia descubrió que la mujer que le gustaba era ya mujer de otro: de un amigo respetado y querido, como hermano mayor, Javier Roca. La esposa de Javier —Rosita Maqueda— era por entonces una reina de raza, morena del Sur: ojos oscuros y alegres, boca de sangre y de risa, óvalo perfecto, ligeramente asperjado de lunares, pelo negrísimo, brillante y undoso; busto de diosa, cintura breve, pies diminutos, manos gordezuelas. Ni alta ni baja, ni gruesa ni cenceña, todo el encanto de aquella mujer radicaba en la armonía de su escultura viva, en el secreto de las proporciones, que es, en rigor de verdad, siempre el secreto de la belleza.

Pero Rosa no pudo sospechar la admiración de don Eliseo, quien, alarmado de las audacias de su sangre, quiso trocarlas en serena alegría de los ojos al contemplar al feliz matrimonio amigo en paseos y reuniones. ¡Oh, la emoción de aquellos encuentros a la salida de misa, en el teatro o en el parque, con Rosita y Javier, tan ajenos a la estrangulada envidia del amigo sonriente...!

Don Eliseo envejeció entre balduques, a la sombra de aquel silencioso amor, sólo conocido y expresado en el confesionario, aliviado en rumores y bisbiseos piadosos, cohonestado en el fervor de la penitencia, en un rincón del templo preferido, cerca del comulgatorio.

• •

La vida de don Eliseo fluía leda y humilde como un regato al sol, consciente y ufano de su transparencia y sus relumbres íntimas de linfas no ajenas a su clara castidad. Así llegó nuestro hombre a jefe de Administración y a sexagenario orondo y satisfecho de sus limpios pensamientos. Entonces se jubiló para gozar más y más cristianamente de los espectáculos de la Naturaleza y del mudo paisaje interior de sus sueños de belleza; que también el arte lo embelesaba con fuerte querencia de catedrales y museos.

Un mal día, Javier Roca enfermó de cuidado. Y don Eliseo, al regresar de un viaje y conocer la aflicción de sus amigos, corrió a visitarlos luchando con la propia timidez; pero, ya frente a Rosita, vencida por la desgracia, junto al lecho de Javier, derrumbado por la traidora enfermedad, don Eliseo encontróse con fuerzas para el consuelo y, asiduamente, con celo cristiano, abrió su corazón a la antigua amistad del matrimonio. Javier estuvo dos meses esquivando a la muerte. Cuando ésta sobrevino, alarmóse don Eliseo advirtiendo al retener entre sus manos las de la viuda que el disimulado y viejo amor de su vida reverdecía en un complejo sentimental de deberes cristianos cumplidos y de ímpetus tardíos. Serenóse el dolor de Rosita en la respetuosa y fiel asistencia consoladora de don Eliseo, sin vislumbrar aun ella las posibilidades de un raro amor subterráneo que desembocaba en un avanzado otoño, al borde de una sepultura. Javier Roca fué un buen esposo del siglo, pero no un perfecto compañero de viaje; no un cultivador celoso de aquel cariño ilusionado y hogareño de Rosita. Esta, sin embargo, envolviéndose sinceramente en sus velos de luto.

Mas don Eliseo, seguro de su limpio afán de conquista amorosa, tranquilo de no haber ofendido al amigo ni con un gesto importuno, ni con una palabra impaciente, planteó con fortuna la lógica realización de su amor. Y Rosita, triste, pero ya sin lágrimas que verter, no pudo menos de maravillarse por aquel sentimiento tan obstinado y considerable que había sabido resistir en el silencio el clima fatigoso de una pasión magnífica, trocada en vigilia secreta. Un hálito otoñal amoroso dió en la frente de Rosita Maqueda, hermosa aun entre sus velos negros y sus cabellos blancos.

• •

Años de felicidad inopinada, de dulce primavera en invierno, aquellos que, unidos don Eliseo y doña Rosita, pasaron con un ritmo extraño, en una galopada alarmante. Fiestas, viajes, dicha completa... Mas el tiempo no perdona. El corazón de don Eliseo, a los setenta años, acusó el cansancio del anacrónico ritmo.

Y todo se hizo gris en torno de aquel hombre. Doña Rosita, con una frivolidad, exacerbada por la costumbre del mimo, no se resignó al cambio de vida que imponía el estado de don Eliseo. Y cuando pudo engrandecer el idilio y recompensar el grande amor del segundo marido, limitóse a cumplir servicios restringidos de enfermera.

Muchas tardes don Eliseo se quedaba solo junto al balcón, mientras doña Rosita, más retocada que rejuvenecida, salía de visitas o de compras. Y era en aquellas horas cuando el viejo caballero sentíase amarga y definitivamente jubilado como hombre. Aquello era el fracaso de un amor de toda una vida que, por humano, ya había merecido bastante con unos años de tardío parpadeo de ilusión.

El ya no era más que un despojo de aquel venerable señor capaz de dorar la viudez de una mujer sin voluntad de sacrificio; el estorbo, la causa del desencanto de ella. Primavera imposible la de los sesenta y tantos años. El tiempo ya corre demasiado para que el hombre quiera volar sobre el tiempo.

El nudo de esa pena oprimió una tarde tanto el corazón de don Eliseo, que lo rompió fulminantemente. Cuando doña Rosita llegó hasta el balcón iluminado por las últimas luces del día creyó dormido al esposo.

Aun estaba descorrido el visillo que permitiera al anciano otear la plaza al través de los cristales.

—Eliseo, Eliseo, despierta.

Pero la que despertó de su egoísmo frívolo fué ella, que hasta entonces no advirtió lo que en su vida había significado aquel hombre bueno. Y doña Rosita se sintió ya vieja y angustiada para siempre, sin consuelo ni aun de recuerdos.

Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de F. E. T. y de las J. O. N. S.—TALLERES

"BLANCA NIEVES Y LOS SIETE ENANITOS"

Más de quinientos niños compran, venden y cambian, diariamente, las maravillas de Walt Disney

¡El número 26! Diez céntimos le ha costado

Los pequeñuelos, con inusitado entusiasmo, venden, compran y cambian estos cromos de Blanca Nieves, que tienen para ellos un encanto definitivo...

—Anda, enséñamelos otra vez—, dice la niña

EN nuestra infancia fueron los cuentos de Calleja estuche preciado para guardar locos deseos.

Cuando salíamos de la escuela, en el parque o frente a la chimenea familiar, mientras crepitaban los leños, una voz querida —la del abuelo casi siempre— nos enteraba, con dulzura infinita, de cuanto decían «aquellos garabatos», para nosotros indescifrables... Y abríamos los ojos, desmesuradamente, cuando el niño bueno, aplicado, volvíase príncipe altivo, gracias al milagro ideal de una varita mágica; o cuando el hada simpática del amor y de la fortuna descubría tesoros infinitos, para repartirlos entre personas necesitadas.

El cine, maravillosa y amable inquietud del progreso, tiene también, prendidos en el misterio de su tela blanca, entre luces y sombras, ecos agradables y nuevos de risas infantiles.

Muchas Casas productoras han dedicado su atención a los niños, rodando películas interesantísimas, llenas de motivos ingenuos, algunos audaces y exquisitos, por su gracia fina, por su dulce originalidad.

Walt Disney supo crear un mundo nuevo, feliz, para ese público menudo, curioso, que prende soñando en sus pupilas serenas el brillo loco de las estrellas; que se extasía inocente si sus manos tímidas acarician el regalo magnífico de una flor.

□ □

En esta mañana simpática he pasado por la calle de Narváez y, cerca de Ibiza, quedé sorprendido ante un grupo numeroso de chiquillos que gritaban y reían, moviéndose continuamente para trenzar graciosos cuchicheos, promesas y suspiros.

Nada ni nadie lograría distraer la atención de estos niños, ilusionados con sus cromos multicolores, que compran, venden y cambian, poniendo cómica gravedad en la frase y en el gesto, como si hubiesen nacido tras de un mostrador cualquiera. Discuten con afán, con calor... A veces, riñen. Son tan vehementes, que por cinco céntimos lloran o se golpean.

Hay quien salta lleno de júbilo. La felicidad acaba de saludarle. Quince días buscando un cromo para completar su colección... ¡El número 26! Diez céntimos ha costado, pero no importa... Y corre presuroso, calle arriba... En el hogar humilde le esperan cuatro hermanitos, impacientes porque aprendieron el cuento de «Blanca Nieves» y quieren tener todos los «santos».

Una nena, muy linda, se ha entusiasmado contemplando las estampitas, atrevidas de color. En su cabeza morena guarda inocentes quimeras, como pueñados de flores, que la vida irá deshojando fácilmente...

—¡Anda, enséñamelos otra vez! —dice al muchacho travieso, coleccionista de cromos y de diabluras.

—¿Por qué no compras? —la responde un poco descortés.

—¿Comprar?... ¡Quién pudiera! Si tuviese dinero no vendría a molestarte.

Y el muchacho que, después de todo, es educado, galante, recuerda una vez más a sus hermanitos pequeños, con el mismo deseo, con las mismas ansias... Cuando llegue a casa no le dejarán tranquilo: «¡Boby, enséñame otra vez el número 29! ¡Boy!, ¿conseguiste ya el 31?...» Boby, por todo ello, quiere ser complaciente...

—Mira, guapa: este es «El Mudito»; me ha costado mucho conseguirlo. Este otro, «La Bruja»...

—¡Qué miedo!

—El 114... Los siete enanitos acaban de darse un banquete. ¡Mira el 38!... Blanca Nieves, fatigada, duerme en el bosque, y los animalitos, que luego serán sus amigos, la miran asustados.

Todos los hombres nos convertimos en niños si nos acaricia una sonrisa infantil. Por eso yo siento ahora, en mi pecho, esa sana y dulce alegría que derrochan algunos frente a los cromos multicolores de Walt Disney... Quiero perderme también en el grupo, buscando la verdadera emoción de esos ojos que no mienten... Y, entonces, detengo al muchacho cuando intenta correr con el numero logrado.

La posesión de estos cromos de Blanca Nieves supone, para los niños de hoy, algo así como la conquista de un preciado tesoro

—¿Qué negocio es éste? —le digo mientras guarda su «tesoro».

—«Blanca Nieves y los siete enanitos» —responde sin regatear una sonrisa.

—¿Cuántos cromos hacen falta para tener la colección entera?

—Doscientos dieciséis.

—¿Y tú los conseguiste todos?

—Sí, señor. Hoy he comprado el último; ¡mírelo usted! Llevaba dos meses buscándolo, porque hay algunos que andan muy escasos. He tenido que pagar veinticinco céntimos por él. Así y todo, no querían dármelo.

Mis manos acarician la preciada estampita causa de tantas inquietudes. Por ella este niño simpático ha sufrido y ha llorado. Tenía para él más importancia que todos los libros del colegio, que todos los manjares de Nochebuena... La buscó ansioso en el mercado, en las librerías, en los quioscos..., gastando sus ahorros. Pero fué inútil. Los cromos repetíanse hasta la exageración.

—¿Cuáles son los más difíciles de conseguir? —continúo.

—El 2, el 3, el 5, el 62.

—¿Cuánto dinero has gastado en todos ellos?

—Alrededor de quince pesetas.

—¿Comprándolos uno a uno?

—Se compran por sobres, que valen a veinticinco céntimos y tienen cuatro cromos. Pero, como suelen venir repetidos, tenemos que cambiarlos o venderlos otra vez para ir consiguiendo, a fuerza de buscar y buscar, algunos de los que faltan. Nos reunimos aquí, todos los días, a la salida del colegio.

—¿Y ahora que tienes los 216?...

—He terminado mi álbum.

El niño tiene prisa por llegar a su casa con la nueva y difícil adquisición. Junto a mí triunfan los graciosos cuchicheos, que al principio me llenaron de curiosidad...

—¡Tengo el 24!

—¡Me hace falta el 10!

—¡Los vendo a cinco!

—¡Ese está roto!

Es la hora más interesante del mercado. Las aceras de Narváez e Ibiza resultan intransitables. Los niños van y vienen, charlan, ríen, se agitan, mostrando puñados de cromos, donde guardan, con celo, sus ahorros y su ingenua felicidad. Uno muy pequeño se acerca tímidamente y me pregunta suspirando...

—¿A cómo los vende usted?

—¿Te faltan muchos, guapo?

—Uno solamente.

—Mientras no lo consigas tendrás entretenimiento, pero después...

—Después vienen los de «Pinocho», y quiero coleccionarlos como éstos.

(Fots. T. Duch)

MARIO ROLAND